

EL PERMANENTE ESTADO DE LAS COSAS

Antonio Tenorio



San Carlo, 1912

Amadísima Nona:

¿Sabes guardar un secreto? Yo guardaré tu secreto. Cuéntalo nada más me haya ido. Échalo fuera. De otro modo, acabará por tragarte, como a mí. No te quedes con nada. No te quedes. Así dijo.

Antes, el hombre que dice llamarse Matias se acerca, es una terraza al mar, un abismo sobre la aglomeración de piedras y tiempos. Se acerca sin conocerme, eso creo. Me dice, murmura, no lo del secreto, Nona, eso vendrá después y ya no estará él, Matias. Caen las palabras desde lo más alto de su voz: "Hablan las imágenes: el cielo y la tierra no se juntan. Tiempo de obstáculos. Sólo el Iluminado, por su sencillez, acepta sufrir. Lejos estás del reconocimiento y la gloria. Depende de ti si tomas las armas o abandonas el campo de batalla. Todo está invadido por tinieblas. Puedes hundirte en ellas o atravesarlas". No digo nada, Nona. No he dicho, ni eso, ni el secreto... hasta ahora, mi ahora que se dilata en cada palabra que te escribo, aunque me muera de miedo, aunque me esté muriendo de escribir y muriendo de no hacerlo.

Lo sabes, Nona, nunca aprendí a contar aventuras. Quiero decir, hilar los sucesos, presentarlos de tal forma que quien los lea pueda sentirse verdaderamente transportado al sitio donde ocurren las acciones. Hacer de éstas un rosario de im-

previstos, una cadena de sorpresas que provoque el deseo de seguir leyendo, el ansia de continuar escuchando.

Me disculpo, con eso empiezo, y ya es un mal comienzo, Nona. En lugar de decir alguna de esas frases que retumba en la memoria de todo aquel que ha pasado por un curso de literatura: En un lugar de la Mancha, te diría, pero lo mío no da para eso, o a lo mejor sí, y yo, insisto, no lo sé contar.

No es ni siquiera que no quiera falsear los hechos. Hace un buen rato que reina en mí una confusión tal que me cuesta distinguir lo que realmente ocurrió de aquello que es producto de mi afebrado estado de los últimos días. Por favor, Nona, sé benévola, encuentra la aventura, ponte a remendar la historia como lo hacías con mis vestidos o los calcetines de mis hermanos cuando aún estábamos todos juntos en México, cuando mi tiempo no era esta sucesión de imágenes borrosas que te pido que leas y acomodes.

No es que vuelvas a escribir lo que ahora yo te mando; es algo más simple, más modesto: imagina que, en lugar de comenzar con esta perorata, he podido capturarte, amarrarte al asiento, como le gusta decir a los escritores, y que vamos avanzando sobre el riel de un relato que ocurre en un enigmático puerto llamado Trieste.

Küstenland, si quieres llamar así al litoral austriaco, o seguir los títulos que la propia región se ha dado: Istria, Friuli, Gorizia-Gradisca, el distrito de Trieste. Apréndete esos nombres de memoria, reténlos. No importa si son 45 o 46 grados de latitud Norte, si son 13 o 14 de longitud Este. Lo que vale, amada Nona, como siempre, es tu intuición, tu capacidad para seguirme, para estar allí donde yo vaya.

Te sorprenderá que esté aquí. Vine porque se me ocurrió de último momento, y no me he podido ir. Dos meses, Nona, dos meses que han sido como una vida entera que se expande y se contrae. No han sido sólo mis ganas de no estar en París, mi falta de ánimo para volver a sumirme en el aire que se respira allá. No es la ciudad, desde luego, París es lo menos malo que nos ha pasado. La familia, en cambio, no acaba de

salir de ese estado de sonambulismo, de decirse inocentes y de añorar cada día el regreso. Por más que mi madre diga que es temporal, y mi padre asegure que tarde o temprano las cosas marcharán mejor para nosotros, basta mirar cómo se les ha ido endureciendo el gesto, cómo viven en su no entender, cómo todo es pasado. Les ha dado por quemar incienso a todas horas y se reúnen en sesiones espiritistas con un grupo de rusos, exiliados como nosotros, expulsados, errantes y añorando todo el tiempo una tierra que ya sólo existe en las postales que cada cual guarda de su país natal.

Hace tiempo que tendría que haber tomado el tren a Viena para de ahí seguir el viaje original. Y sin embargo sigo aquí. En un aquí que tú, amada Nona, tendrás que esforzarte por encontrar en el mapa que sigue adornando una de las paredes del cuarto de los trenes de la casa. Quiero pensar. Deseo ver que todo sigue en el lugar donde lo dejamos, aunque el resto de las cosas haya mudado de sitio, aunque el orden del mundo ya sea otro, y el peón iletrado se diga listo para ser ministro de educación. ¿Sigue allí la réplica de la Gare de Lyon? ¿Has podido mantener la colección de máquinas y vagones de papá? ¿Qué has hecho, en medio del caos, el desorden y el abandono, para evitar que las montañas y sus árboles en miniatura que hicieron los alemanes permanezcan ajenos a todo lo que nos ha pasado, Nona? Me esfuerzo para hacer que ese allá, en el que te has quedado, no me resulte tan lejano y frío, tan distante e irrecuperable.

Niña, no toques los trenes, son de tus hermanos; niña, levántate del suelo, no es lugar para una señorita; niña, no te distraigas del bordado; niña, irás a Suiza y allí te educarás con las monjas del Sagrado Corazón; niña, ¿quién te dijo que preguntaras sobre el futuro?; niña, el mundo tiene un orden y no es correcto que juegues con el hijo de la cocinera. Volveremos, no se ha cansado de decir mi papá en estos últimos dos años. Desde que llegamos a París, él y sus amigos se siguen reuniendo, dicen, para planear la vuelta. Vendrá de nuevo a cenar el general Reyes, nos acompañará otra vez Limantour

a Tacubaya, recibiremos sobres lacrados con las iniciales de doña Carmelita. Es cierto, dice mi papá de cuando en cuando, no niego que se necesiten cambios, pero de eso al caos en el que han sumido al país hay un abismo. Sí, tiene razón, no le digo nada porque no le gusta que las mujeres intervengamos en la conversación que él parece tener consigo mismo; tiene razón, te digo a ti, Nona, el tiempo puede tomar una forma de abismo. Entre un día y otro puede aparecer un precipicio, como los que nos mostraron los Creel cuando fuimos con ellos a Chihuahua.

Para cuando tengas esta carta en tus manos, y Emiliano se haya sentado a tu lado, ¿en la terraza que da al sur?, entonces, en este futuro abismal para mí, lo más seguro es que yo ya no esté aquí, que me encuentre en camino, pero ¿a dónde? ¿a seguir mi viaje original? ¿De regreso a París a reunirme con los demás? No lo sé. Me muevo a ciegas. Tú, en cambio, lo sabes todo, conoces lo que haré aun antes de que te lo diga, antes incluso de que pueda yo misma saberlo. Qué se le va a hacer, ha sido siempre así. Fuiste tú la que miraste el vientre de mamá y le dijiste: será una niña, será rebelde y eso le ocasionará grandes penas, llámela Felisia, a ver si así le apaciguamos la maldición. Y sabías, desde entonces, que de nada iba a valer que me llamaran así, que de cualquier forma llevaría a cuestras el destino que me había tocado, como se lleva un lunar, como inmodificable es la forma del ombligo. Has sabido de mi futuro y sabrás siempre del pasado de mi pasado, de una escritura que no le puede ganar al tiempo. Tú lees en el pasado mañana de esta carta, en un ahora en el que me vuelves a ver para decirle a Emiliano: hace días que venía yo soñando con la niña Felisia. Y es cierto, ya me habías visto estar escribiendo y me habías visto quebrada, sumida en este temblor que no me puedo quitar de encima.

Me quedé en Trieste por ver a la tía Francisca. Ahora ella está muerta, y yo no me la puedo sacar. Cargo a todas partes con

ese cadáver que no hallo cómo echar fuera, librarme de él. Yo la vi morir. Nunca había visto morir a nadie. Francisca se me metió en los ojos, me clavó los dientes, mezcló su sangre con la mía, y ahora, Nona, en este maldito ahora que prolongo innecesariamente, cargo con ella pegada a mi sombra. La hermana desobediente de mi padre se me ha quedado adentro, encajada entre carne y hueso, nervio y hueso, tendón y hueso. Su imagen, fija, dura como el viento invernal de Trieste, rasga cada uno de los recuerdos de estos dos meses.

Francisca, la tía a la que nunca antes vi, de la que apenas se hablaba, de la que sólo supe por ti, un poco, y por mi madre, aún menos, vino a descubrir dentro de mí una voz contra la que ahora lucho, una voz a la que me urge encontrarle un lugar. Ayúdame, Nona, no importa dónde esté cuando leas esto, ayúdame a salvarme de mí.

¿Cómo traerte aquí antes de que yo me vaya? Siéntate y escucha. Trieste es una ciudad incierta al pie de una cadena de montañas. Por las tardes, la niebla baja como si fuera una capa de nubes que se escurren por las calles, como ese manto de nubes que cubría en otoño las huertas de San Ángel. Tiene una parte vieja de callejuelas estrechas que forman los pasadizos de una especie de rectángulo. Un poco más allá, fuera de este primer distrito, encontrarás las calles que se inmiscuyen por entre el Carso, así es como llaman a la pared montañosa que cuida de la ciudad. Como un río que se ha partido en decenas de hilos de agua, los pasadizos, que hacen las veces de callejuelas, corren en declive, van y vienen de arriba abajo. Así que, en una primera impresión, la ciudad anuncia que no es posible avanzar. Que aquí los caminos, en vez de llevar de un sitio a otro, suben y bajan, sólo eso. No hay adelante ni atrás. De tal suerte que el caminante no ha de saber nunca si lo que sus ojos ven está enfrente o a sus espaldas. Todo cuelga sostenido en un delgado cordel que va de la montaña al mar y de vuelta. Suspendido todo sobre ese hilo de agua invisible,

dentro de ese manto de nubes blanquecinas que cubre todo de niebla. Quiero que te des una idea y lo único que se me ocurre es decirte que el paisaje en la niebla se parece un poco al camino entre Perote y Jalapa. ¿Te acuerdas del viaje que hicimos cuando todavía estaba vivo el abuelo Felipe? Como entonces, los colores se esparcen, todo flota entre nubes, excepto el mar. Porque a esta ciudad la bañan las aguas de un mar azul como no he visto otro jamás; creo que debe de ser el mar más azul que existe en esta tierra.

Ahora párate y dile a Emiliano que te lleve a la biblioteca. ¿Ya estás ahí? Toca el mapa de la pared, sigue con tu dedo el azul del mar y donde lo encuentres con mayor intensidad, detente. Vas a encontrar a Trieste en la parte superior derecha de la bota que es Italia. Quédate parada, respira hondo y mira mis manos acariciando otras manos, rozándose como quien es arrastrado al centro de un torbellino de agua.

Todo caminante queda envuelto en el vaporoso cobijo del cielo en la tierra, hay que figurarse lo que habrá más adelante, adivinar el color de aquella camisa que, se cree, es eso, una camisa, y no un pecho desnudo, recordar la calle que se ha dejado atrás. A lo lejos, el murmullo del mar incansable.

Míralo, Nona, el mar pintado en tu mano, tu mano sobre la de Emiliano, el viejo Emiliano, para convencerte de que si de intensidad en su azul se trata, éste es otro mar: un mar de sueños vaciado del cielo. Por el suelo empedrado, ten cuidado ahora que vas de regreso a la terraza a seguir la lectura. Ten cuidado de los brazos que como serpientes te rondan los pies, se escabullen entre los dedos de tus pies, anidan en la parte de atrás de tus rodillas temblorosas.

Cuando en la lectura tú y Emiliano hayan llegado al final de este párrafo, recordarán que la idea de venir a Trieste a conocer a la tía Francisca fue una que vino así de pronto, en una cena familiar. Sentirán, aunque entre recuerdos brumosos, que estuvieron ahí, en el andén dieciocho, diciéndome, anda ve, que sólo serán un par de días. Es la hermana de tu padre, ha tenido una vida muy difícil, pero seguro te recibirá bien.

Conoce, viaja, sácale partido al mal tiempo y ve a Trieste. Luego podrás regresar por donde viniste y retomar rumbo para reunirte con quien te espera. Me lo habrían dicho, como un par de lectores amorosos, preocupados por mí. Nada de eso sucedió así. Nunca llegué a Hochgobernitz, que es como se llama el lugar donde el padre de Elías trabaja como molinero.

Sí, sé que todo esto que está pasando conmigo en Trieste tuvo un punto de comienzo, y tal vez éste sea la mañana en que, en París, Elías me dijo que tendría que regresar a ver a su padre enfermo, el señor Oberlitz, a quien se le había recrudecido un padecimiento circulatorio en las piernas. Se me ocurrió entonces que ése era un excelente momento para tomarme un respiro familiar. Ven conmigo, me dijo, el sitio en el que nací es un lugar hermoso, con bosques y hondonadas tapizadas de verde. Ven, insistió. No sé, Nona, si las cosas hubieran cambiado, si en lugar de escribirte: tomé el tren a Trieste para estar un par de días con Francisca y de ahí ir a Viena y luego a Hochgobernitz, simplemente hubiese salido la misma tarde en que Elías se embarcó a su pueblo tapizado de verde y añoranza.

Quería salir de París, tomar aire, pensar si como mis padres me quedaría en Europa hasta que nos permitieran volver, o si estaba lista ya para empezar, ahora sí, una vida propia. Ahora no sé si quiero escribirte que deseo volver. Tengo mis dudas y a veces creo que es en realidad lo único que en verdad tengo: dudas. Regresar o no. Quién fuera tren. Los trenes del cuarto de la vieja casona de Mixcoac regresaban sin dudar. Vueltas y vueltas, una tarde, dos, tres. Niños hipnotizados. ¿Te acuerdas cuando todo el mundo era a escala, Nona? Todo proporcional: la felicidad, la tristeza, la inocencia, ¿a escala de uno a cuánto, Nona? Lo que entonces pudo ser apenas un diminuto picor, se volvió, un día en el Trieste del mar que mira el paso de la gente que no vuelve, una comezón insaciable. Pequeñas miradas que dan vueltas con los trenes ficticios de Mixcoac se llaman al auxilio, cuando esos ojos negros,

aguijón de un deseo que me niego a reconocer, se clavan sobre mi rostro que enrojece y arde.

Llegué a Trieste con la decisión de irme en cuanto fuera posible. Pasaría a saludar a la misteriosa tía Francisca, confirmaría que no era un fantasma de los recuerdos de las pláticas tuyas, de mamá o de los silencios de ese abuelo que nunca más quiso volver a mencionar a esa hija que, decía, alguna vez tuvo y de pronto borró haciéndola impronunciabile en su presencia. El nombre de Francisca en la caída de la tarde de domingos en el solar de la casa de Jalapa, en la pregunta por ella de alguna vendedora anónima del mercado de Tacubaya que vio a la pequeña Francisca montar a caballo, cargar una muñeca, corretear perros callejeros a pedradas al lado de niños que nunca conocerían el mar, que jamás irían a un sitio llamado Trieste, que tampoco lo perderían todo en un santiamén; pero nada de eso lo sabían en aquel tiempo en que la familia, nuestra familia, era una en un país que también era solo uno, o al menos es así como quisiera pensarlo ahora.

Mi intención era enfilar hacia Hochgobernitz cuanto antes. Al pueblo de Elías se va, ¿ya estás otra vez en el mapa, querida Nona?, como quien se dirige a Hungría. Para llegar hasta ahí, el viajero, real o imaginario, debe tomar camino a Budapest, la segunda capital del imperio. ¿Ya también se lo dijiste al viejo Emiliano? Es preciso ir a otra parte para llegar a donde se va. ¿Eso me quieren decir los ojos negros fijos sobre mi vergüenza recién descubierta? Ellos no se van; mas, de pronto, su peso amenazante comienza a ceder, ¿soy yo quien está cediendo? Hay algo en ese mirar, algo que empieza por atemorizar y termina por seducir; bajo la vista, siento que algo dentro de mí ha sido descubierto.

En un principio, papá no quería que viniera. No, me dijo, no me parece una buena idea, Francisca no está bien, ha sufrido cosas terribles y creo que tu llegada la va a alterar más de la cuenta, me dijo intentando dar por cerrada la discusión. Yo

insistí. Le dije que serían sólo unas horas, que apenas la viera y le dejara los saludos me iría, si era posible ese mismo día, a la estación a tomar el tren a Viena. Todo ocurrió mientras cenábamos con la señora De la Parra, la esposa del cónsul venezolano en Berlín, pero que viven en la misma calle que nosotros. ¿Trieste?, ella se preguntó llevándose las manos a la cara en señal de susto, es la ciudad de los suicidios. Famosa porque sus jóvenes son propensos a quitarse la vida. Hace dos años, continuó diciendo, cuando a todos nos tocó mirar en el cielo la luz del cometa, Trieste se hizo famosa porque de pronto comenzaron a aparecer noticias todos los días sobre muertes de muchachos y muchachas de familias muy prominentes. No sé qué puedes ir a buscar a un lugar así, dijo dirigiéndose a mí. En ese momento se hizo un silencio que se posó sobre el comedor como una gran telaraña. Mi papá tomó la batuta y salvó la cena. Lo discutiremos después, nena, ordenó. Y así fue, al menos de mi parte. No quité el dedo del renglón hasta que tres o cuatro días después tuve su consentimiento. Eres tan necia como ella, concluyó papá, aceptando darme la dirección de Francisca.

Así fue como mi padre fue hasta uno de los baúles de los que desde que llegamos no ha querido abrir y sacó una libreta polvosa, casi deshojada, que de pronto me pareció correspondía con toda exactitud a la apariencia que mi padre ha ido tomando en esta ciudad llamada luz, pero que para nosotros no es sino sinónimo de la sombra, de la pérdida y el olvido. Abrió la libreta, pasó las hojas y, como si fuese el repaso de los negocios que dejó su atrás ahora inalcanzable, me dijo: Apunta. Obedecí: la dirección de la tía Francisca. ¿Y si ya se cambió?, pregunté. Allí estará, me contestó con una seguridad tal que cualquiera hubiese pensado que hacía un par de días se habían visto. Papá, ¿hace cuántos años que no la ves? ¿Por qué no le avisas que voy de paso? No es necesario, ella estará ahí. Ahora date prisa, se hace tarde, me aseguró. Hasta la estación, no agregó nada más.

Intuí que algo se guardaba cuando me abrazó en el andén,

pero pensé que se trataba de mi ansiedad por salir de París lo más pronto posible. Cuidate mucho, me dijo, y se volvió para caminar rumbo al final del andén aun antes de que el tren comenzara su marcha; en ese momento, entre el silbato del tren ya en marcha y una nube espesa de vapor, me pareció mirar en sus ojos la tristeza de un viajero que se aleja de un puerto desierto, pero ya te dije que así ha estado desde que llegamos. ¿Sabes?, París es una ciudad que a papá no le sienta bien, aun cuando nosotros, en particular, no vivimos mal. Es extraño, tenemos casi las mismas comodidades que teníamos en México, pero a escala. Haz de cuenta que la casa que habitamos, creo habértelo escrito ya en alguna carta anterior, es una copia de la de Reforma, si todavía existe, sólo que en menor proporción. Si allá había no sé cuantas sirvientas para no sé cuántos cuartos, aquí todo se ha reducido; incluyendo a los amigos, las juntas, y lo demás. Mas no es de mi vida en París de lo que quiero que Emiliano y tú sigan leyendo. De mis días y de los de mi familia en el palacete de 72 Avenue de Wagram, como lo llama burlonamente Germán desde Londres, y en el que se para sólo cuando necesita dinero. Aunque he de decir que también viene a París porque no pierde la esperanza de enamorar a una de las señoritas De la Parra, las hijas del cónsul. Germán no cambia, Nona. Yo lo quise hacer y ahora me tienes aquí entrampada, estacionada sin saber qué hacer.

El tren se detuvo a las cuatro de la tarde del 17 de agosto en la estación de Trieste. Una capa de niebla, la niebla, Nona, siempre la niebla sobre nosotros, dilatada, persistente, me acompañó hasta la casa de la tía. La casa es un edificio de tipo italiano, con ventanas que tienen persianas de madera y tres plantas; su techo es de teja rojiza y tiene una entrada angosta que le da una especie de aire mortuorio. Nada para entusiasmar, como podrás imaginarte, pero pensé: voy de paso, será cosa, a lo mucho, de unos días.

Ahora que me vuelvo para mirar desde la memoria, que te

pido que de cualquier forma tú vuelvas a mirar conmigo, la vista al pasado, cabalgando sobre esas nubes inagotables, la memoria caprichosa acomoda casi a su antojo algunas de las cosas de entonces como siguiendo el empuje de su propio deseo.

Vienen las imágenes como pesos que caen arrojados desde lo alto de una torre. Viajan con toda premura y yo ya casi nada puedo hacer para evitar la caída. Me explico, Nona, para no confundirnos: los griegos, intrigados por los misterios, se preguntaron, entre otras muchas cosas, por qué había objetos que caían más rápido que otros. La respuesta que encontraron es que el corazón de las cosas estaba, en mayor o menor medida, conectado con la tierra. Así, llegaron a la conclusión de que hay objetos que apresuran su caída debido a la felicidad que les produce volver al corazón de su origen. ¿Y los que flotamos, Nona? ¿Qué hay de los que quedamos suspendidos, como cuando alguien interrumpe la lectura de un cuento, de una novela, y todo lo que hay ahí adentro permanece suspendido?

Pero era de otra cosa de la que te estaba hablando: de las cosas del pasado, de las que van cayendo en el punto exacto en que embonan para formar una figura geométrica que sólo reconoceremos al cabo del tiempo. Ésa es la magia de recordar el pasado, Nona, todo nos da la impresión de haber ocurrido con una determinada dirección previamente concebida: la entrada estrecha, mi decisión de ir a Trieste, el loco amor de Francisca por Hans, el austriaco cocinero —como lo llamaba el abuelo Felipe—, las lenguas vivas y muertas de este puerto vivo y muerto, Elías, la trompicada salida de México, ¿qué más te puedo decir que no te haya dicho ya?

Y entre todas esas cosas dispares, como si fuera cera de Campeche, una pasta que une las piezas de un rompecabezas, la fuerza de unos ojos que recorren mi cuerpo desnudo, ojo-mano-lengua que lo acarician y lo arañan, de unos ojos negros que se lo tragan para luego vomitármelo encima, pupilas como fosos que me jalan para hacerme caer; caeré, lo sé, ¿qué tan rápido?, lo ignoro todavía. ¿Te acuerdas, Nona? No

se lo digas a nadie, me dijiste y yo te obedecí, cállate, y yo te obedecí.

Con mi equipaje interior auestas, subí y bajé en un coche las callejuelas estrechas de la ciudad. Llegué a la casa de Francisca, toqué y a la puerta acudió lo que creí era una sirvienta. Una mujer joven, tal vez un poco mayor que yo, alta y con un rostro redondo y chapeado del que sobresalían unos enormes y expresivos ojos azules. Alemana, me dije sin dudar. Nunca he sido tan buena como Germán para los idiomas, lo sabes, así que mi alemán apenas me sirvió para presentarme y preguntar por la tía. La muchacha contestó inclinando la cabeza, con una leve sonrisa y dio una media vuelta marcial típica del silencioso lenguaje alemán que confirmó mi sospecha sobre su aspecto. Acto seguido, extendió la mano invitándome a entrar, pasamos a un pequeño recibidor donde dejé mis cosas y la seguí hasta el pie de la escalera. Me detuvo, también sin decir palabra, y luego ella subió. Cuando bajó me dijo, en un italiano salpicado de palabras secas e incomprensibles, que la *donna* no podía recibirme personalmente, pero que me indicaría mi habitación y me solicitaba que me quedara esa noche. No tenía muchas alternativas, así que dejé que ella tomara mi equipaje. En un momento estará lista su habitación, espere por favor en la sala, me instruyó en alemán. Abrió la puerta de un pequeño salón y, señalando con el dedo un sillón, dejó en claro que estaba yo para obedecer. Me senté a esperar a que volviera.

La sala no se parecía en nada a la de la casa de Reforma. Ésta tenía el aspecto de una de esas casas que eran parte de la maqueta de los trenes y que hasta muebles les mandaron poner: todo parecía tan exacto, tan premeditado, como lo es el que ahora yo te vea a ti, Nona, preguntándole a Emiliano qué pasó con esas casas, adónde fueron a parar cuando desmontaron todo el sótano y lo convirtieron en una bodega para guardar lo que iba llegando de la casa de Tlayacapan, de la finca de Jalapa. Porque los trenes y las vías las guardamos tú y yo. Para tus hijos, niña, me dijiste tratando de hacerlo con con-

vicción. Pero, ¿y las montañas?, ¿los bosques?, ¿las hondonadas?, ¿el aire de Mixcoac? ¿Dónde vamos a meter tanta cosa, Nona, cuando regresemos y entonces tengamos que desempacar? ¿Dónde, luego de todo lo que hemos ido dejando en el camino? Sólo tú y el buen Emiliano, tú y nuestros muertos, los abuelos, los domingos en la Alameda, las excursiones a San Ángel, los jardines que daban a Reforma, el kiosco de la plaza de Tlalpan, es lo que se ha quedado, la constancia, allá, suspendida, tú y todo a lo que me urge agarrar para que su figura y color no se me pierda y no se me confunda.

Me quedé en el sillón doble pieza de la salita, sin atinar a sentarme o a permanecer de pie ante los enormes retratos, colocados uno frente al otro, como dos espejos, que mostraban a un venerable y anciano emperador austriaco. Toda una pared con él a caballo; la otra, mostrándolo en una sala de su palacio en Viena. Al cabo de un rato, que me pareció, como todo en Trieste, incierto en su duración y existencia misma, Emilia, como supe más tarde que se llamaba, regresó y acabé de instalarme. Subió conmigo hasta el segundo piso, caminamos por un pasillo al que daban puertas todas pintadas de color ladrillo y que además compartían la extraña característica de no tener perilla. ¿Cómo se abren o se cierran?, quise preguntarle pero no alcancé a determinar en qué lengua debía hacerlo. Llegamos a la última puerta, la única que no era lateral, estaba al final, justo, del pasillo. La abrió con un ligero empujón, que a mí me pareció un delgado resoplido y se marchó sin más.

Esa misma noche, a la hora de la cena, conocí al resto de los habitantes de la casa. Los temporales, quiero decir, ¿tú sabías que cuando Hans faltó, Francisca decidió hacer de su casa una pensión? Bajé al enorme comedor rectangular y ahí fui conociendo a todos. Fui la última en llegar. Cuando me vieron, cada uno tomó su lugar un poco como hacen los actores en una obra. Todos menos la tía, que no estaba allí. Emilia me asignó un lugar y nos dispusimos a cenar. Una vez que terminó de colocar los platos en la mesa, Emilia se sentó con no-

sotros. Esa noche, como todas las demás, la cabecera era el lugar de la tía. Emilia servía y retiraba cada tiempo como si Francisca estuviera ahí. Nunca bajó, pero el ritual hacía que su presencia fuera casi tangible. Aquella primera noche, comimos una sopa de col aceptable, luego una carne con setas, y de postre un strudel bastante bueno. Habremos bebido, a lo mucho, tres o cuatro copas cada cual. La batuta de la conversación la llevó Günter, quien era el secretario de la *donna*, o sea, la tía. Un par de hermanos gemelos eslovacos, comerciantes en telas, completaban la tertulia.

Todos ellos hablaban en lenguas mezcladas. Estaba y no estaba con ellos. Seguía a ratos su conversación, pero había tramos en los que me perdía, y comencé a sentir que yo estaba en mi propio tiempo; ése que ahora vuelvo a ver.

Ese tiempo en el que las bocas se juntan y un velo se descorre. Frío y calor de modo intermitente. El cielo y el mar se juntan sobre una base común de niebla. Es un chasquido interior, Nona, el tronar de una lengua sobre un paladar, como cuando se llama a un caballo.

Antes de las bocas, antes de venir aquí, de ir a París, de que nuestras vidas se tornaran un desastre, Nona, en un tiempo ido de inocencia, con ese chasquido Germán y yo llamábamos al caballo que luego mi hermano mataría de un balazo argumentando lo de la enfermedad. Vino a nosotros, se llamaba *Deseo*, ¿te acuerdas?, caminó lento y erguido, y se paró delante de Germán. Entonces lo vimos: enorme, rojísimamente colgado entre las patas, una rama desprendida del tronco de *Deseo*.

Sí, Nona, lo que te imaginas, el caballo lo exhibía a pleno sol, a la vista de quien lo quisiera ver. Tócalo, me dijo mi hermano. ¿Tócalo tú, por qué yo?, respondí. Al final, a la vez, llevamos nuestras manos hasta el miembro desafiante del animal. Una combinación indescifrable de asco y atracción coronaron esa tarde. Nos llamaste al coche. Regresábamos a la ciudad, tiempo después Germán mató al caballo, como si la muerte pudiera ganarle a la memoria. No oigo tu voz aho-

ra, Nona, que no es mi mano lo que se quema, sino una boca, la mía, sobre un sexo que no me pertenece y que insiste en llamarme por un nombre que no es el mío.

En medio de la plática de la primera noche, Günter advirtió: mañana habrá Bora. Hablaba tan seguro como una madre frente al nacimiento de su hijo, pensé. Luego, como si me hubiera leído la mente, o quizá mirando mi cara de ignorancia, dio una larga explicación del fenómeno, cambiando a lo largo del discurso de un idioma a otro. Cuando sentía que me perdía, miraba sus manos grandes de movimientos seguros para recobrar el hilo de la explicación. ¿La Bora? ¿El Bora?, y él me explicaba: es un viento frío en ráfaga, muy rápido, alcanza velocidades que pueden tumbar un árbol. Lo más impresionante, se dirigió a mí, no es sin embargo el furor de su empuje, sino mirar el cielo abrirse para anunciarlo, como el aviso de un parto. Un parto, dijo, ¿te das cuenta?, como si me hubiera leído el pensamiento y se estuviese burlando de mí. A partir de aquel momento, no pude quitarme de encima la sensación de que mi presencia en esa casa perturbaba a Günter, y que su voz gruesa, sus manos enfáticas y ese modo de hablar sin dejar de mirarme lo delataban más allá de sus intentos por ser cortés.

A la mañana siguiente no pasó nada. A eso del medio día el viento seguía sin mostrar mayor variación, el cielo tampoco. Me encontré a Günter en la puerta de la casa, y algo comenté sobre lo errado de sus predicciones meteorológicas, todavía con el recuerdo de su tono de maestro de escuela de la noche anterior. Él se limitó a sonreír con cierta indulgencia. Espera, me dijo, señalando el cielo. Buen clima, sol radiante, fue mi respuesta y salí de la casa.

Bajé por la calle en que estaba la casa, dispuesta a llegar a pie hasta la parte central de la ciudad, cerca del puerto, pero no llevaba más de veinte minutos de caminata cuando sobre mi espalda cayó como una daga helada la primera prueba del

ímpetu del Bora. Sentí un golpe seco, el sombrero salió volando, y de pronto estaba yo misma rodando por el empedrado. Me levanté, me sacudí el polvo de las ropas, me acomodé el vestido y puse cara de aquí no ha pasado nada. Así intenté seguir la marcha, como quien lleva en los pies dos cubos de cemento. Debía aprender a caminar de nuevo por entre esa tormenta sin agua y esos relámpagos sin luz. Estaba claro, lo pienso ahora, cuando ya no hay remedio, debía irme. Mas en aquel momento no pude comprender que en ese batir callado de las olas del interior habitaba una señal clarísima de que debía dejar Trieste y seguir mi viaje cuanto antes.

Me quedé no sé muy bien por qué. Me quedé en Trieste, con su Bora y su muelle de San Carlo, con sus comerciantes judíos y sus calles de escaleras, con sus dialectos incomprensibles, su falta de orden y su vida alborotada. El corazón de un torbellino. Lento cuando le da la gana, vertiginoso cuando se le antoja. Acelera, frena, llega al punto máximo y de ahí regresa al punto de partida. Prolonga ese vaivén entre la explosión y el contenerse; suelta, aprieta: la vida de las intermitencias, Nona.

Así, con el pasar de los días, poco a poco Trieste comenzó a presentarse como un lugar en el que debía cumplir con una materia pendiente. Se fue imponiendo esa sensación igual a la que muchas mañanas de la infancia camino al colegio me invadía. Se me olvidó hacer una tarea, Nona, cuál, me preguntabas de veras preocupada, no sé, sólo sé que hay algo que se me olvidó hacer. Termina antes de irte, me decía a mí misma, mientras los días pasaban. ¿Terminar qué?, trataba de indagar sin hallar respuesta, sin que estuvieras tú para decirme, para venir en las noches a mi cama y calmar mi angustia. Ya creciste, ya no está más la Nona contigo para cuidarte, alimentarte, velar tu sueño. ¿Entendiste? No. Sigo sin entender. De Trieste no te puedes ir. Y si lo haces, entonces, como aquellos que dejan a sus padres, no podrás regresar después a terminar la tarea porque para entonces será demasiado tarde. ¿De dónde me venían semejantes ideas? ¿Cómo llegué a la conclusión

de que había llegado a uno de esos lugares en los que se encierra el tiempo? No, no hago filosofía. Mira, Nona, aquí el permanente estado de las cosas es el de algo que no acaba de nacer, pero tampoco de morir. Aquí todo está sólo anunciado, dicho en todos los idiomas que te puedas imaginar, pero luego te das cuenta de que las cosas o no suceden como las habían anunciado, o simplemente quienes las profetizaron se han olvidado de que te dijeron tal o cual premonición. Es una conducta escurridiza. Cuando parece que los has pillado en alguna invención, en seguida cambian de lengua y te acusan de no haber entendido, de haber traducido mal.

Las historias que te cuentan los triestinos en sus cafés tienen un secreto, te lo voy a contar: hacen que se queden suspendidas para que regreses al otro día, para que permanezcas y no te vayas. Así te vas quedando sin sentirlo hasta que llega un día en el que te sientes parte de la niebla, del puerto y de la roca porosa del Carso. Hasta que esta ciudad eres tú y viceversa. Toda tú te conviertes entonces en un espacio sin puerta que se pueda trabar, nada que logre detener el torbellino de la memoria, los deseos en desbandada. Pero cuando se trata de alcanzarlo, como las historias de café, resulta que todo ha quedado adelante. Es un juego doloroso, Nona, mas un juego al fin. Jugar al preámbulo infinito, ese que pueda prolongar el placer del no inicio para el no final.

Vaya lugar este, Nona, la imposible marcha de los transeúntes, la imposibilidad de estar, de posarse sobre la levedad de la bruma de Trieste, se resume en sus dos caras: o el viento te echa al suelo y te araña gélido, o te pasma los pulmones y te hace sentir en un Sahara mediterráneo.

Durante días, la rutina se repitió. Comer en la casa, convivir con Günter, Emilia y los hermanos Karavaj, que parecían no tener para cuándo irse, salir a caminar, escribir a Elías tratando de explicar lo inexplicable, andar, andar, andar de un lado a otro. ¿Soy una exiliada, no? Qué más da a dónde vaya, estaré siempre fuera, lejos, Nona.

Así se me fueron pasando los días. Estando sin estar. Unas

mañanas en el muelle, entre los gritos, cuidándome de que alguno de los pescados que gustan de aventarse de un puesto a otro no terminara de sombrero sobre mi cabeza. Otras, en un café, mirando gente, contestando a la charla en un dialecto que de pronto en mí afloraba como si la vida entera la hubiera pasado aquí. Horas sentada a la espera de que el mar crezca y me lleve de vuelta a ese ningún lugar al que pertenezco. Tardes enteras bajo los ciruelos de las colinas que rodean la ciudad, tirada sobre el pasto con las piernas abiertas, con lo que odia mamá que sea tan despanzurrada. Dejando que la miel de los higos escurra por mi mentón, baje a mi pecho y se escurra como un río diminuto cargado de presagios. He comido higos como loca y loca estoy. Los higos producen demencia, Nona, ése es mi diagnóstico. Cada vez que quiero volver a tus brazos suaves de nodriza fuerte, cada vez que me da la gana que los higos de Trieste no lo sean más y que yo esté, otra vez, parada de puntas en la mesa de la cocina, lista para robarme tejocotes en almíbar mientras Germán distrae a Hortensia la cocinera.

Pero nada es lo que parece en Trieste, Nona. Los higos son tejocotes y el jugo de su entraña es la miel de mi cuerpo. Como el almíbar, lento, pasmoso, recorre un hilo húmedo el muslo que insiste en enredarse con el mío. Una plasta en la que chapotean dos pieles mudas. ¿Cómo llegué hasta aquí? Se humedece el otro cuerpo; se humedece por dentro y por fuera mi propio cuerpo. ¿Cuál es mi flujo, cuál el del cuerpo extraño? ¿Cómo reconocer, ya en el trenzamiento ciego, cuál es el cuerpo de la firmeza, cuál el que resiste, cuál el de la torva embestida? Las piernas se aprietan, rozan un aire que se ha quedado suspendido sobre la chimenea de un barco que, en el ensueño, no atina a alejarse o terminar de llegar a puerto.

Tenía ya dos semanas en Trieste y ninguna noticia de la tía Francisca. Mis mañanas eran tediosas y tampoco era que tuviera tanto dinero como para esperar indefinidamente. Casi

para decidirme que aquello era suficiente, cierta de que pondría un ultimátum a Emilia y Günter, conocí a Salomón. Odio viajar en tren, fue lo primero que me dijo aun antes de que yo terminara de entrar al banco. Me dio la mano y se presentó. Salomón es mi segundo nombre. Aunque si lo prefiere, me advirtió, puede llamarme Schlomó, que viene de *shalom*, paz, apretó mi mano y sonrió levemente. ¿Que si era una conquista, te preguntas, Nona? En ese momento no lo pensé así, aunque luego cambiaría de opinión. Salomón hizo lo que tenía que hacer y esperó a que el cajero consultara con el gerente para ver si había llegado el telegrama de la sucursal de París que me permitiría sacar un poco de dinero que papá me enviaba. ¿Tomaría usted un café conmigo?, preguntó, y yo acepté.

Salomón es médico, estudia en Viena, pero nació en un pequeño pueblo cercano que se llama Freiberg y está a unos 250 kilómetros de la capital del imperio, me contó. Es judío y hubo un tiempo en que pensó en la posibilidad de dedicarse a la política. Estuve a punto de estudiar derecho, sin embargo, ya ve, me dijo, entre sorbo y sorbo de café, aquí me tiene, ganado por mi hábito de investigador, listo para hacer una práctica de zoología que me ha sido encargada. Se limpió con la servilleta un poco el bigote, y comenzó a explicarme, a grandes rasgos, claro, en qué consistía la investigación. Se trata de anguilas, me expuso, voy a trabajar con ellas, aún no sé exactamente con cuántas, pero la idea es probar una teoría todavía en ciernes sobre la intersexualidad en estos animales. Yo lo vi sin atreverme a preguntar exactamente a qué se refería, guardé silencio y él siguió. El Ministerio de Educación del gobierno imperial me ha concedido una beca para trabajar una temporada en la estación zoológica de Trieste. Voy a la mitad del proceso y espero, en dos semanas o tres semanas más, estar de regreso en Viena. Tengo la idea, me dijo sin que yo se lo preguntara, de que en las anguilas no existe una predeterminación genética en su diferenciación sexual. Es largo de explicar, no quiero agobiarle, ¿podría verla en otra oca-

sión?, ahora debo irme, tengo una cita en diez minutos con el profesor Claus, el director del proyecto, se excusó ante lo que debió haber sido una cara mía de completo asombro, y se marchó dejando sobre la mesa un billete con el que cubría su café y el mío. Antes, yo le había dicho que a mí también me gustaría volver a verlo.

Volví a ver a Salomón dos días más tarde, un domingo. Estaba menos parlanchín que en nuestro primer encuentro. Fui yo, entonces, la que contó su historia, al menos parte de ella. A esta hora, le dije, debería estar yo en otro lado. Él se desconcertó y se ofreció a llevarme hasta la otra cita, diciéndome que lo que menos quería era causarme un problema. No me refiero a eso, le expliqué, sino a que este viaje no estaba planeado de la forma en que ha salido. De hecho, los últimos dos años de mi vida y la de mi familia han sido así, un intermedio no previsto. No entiendo, ¿podría explicarse?, me pidió. Mientras más atrás voy en la memoria, más convencida estoy de que en algún punto del camino perdimos una señal y tomamos una dirección que no era. ¿Equivocada?, preguntó Salomón. No, no necesariamente equivocada, sí en cambio no prevista. Mire, le puse en antecedentes, una espera ciertas cosas, es preparada para que ocurran. Mas de pronto, como si un sueño interfiriera en otro, el curso de lo esperado se desvía y no hay vuelta atrás. Ah, los sueños, dijo Salomón, pero no hizo, aquella vez, ningún otro comentario. Seguí adelante, pues. Hace dos años paseaba con Nona, la mujer que ha sido como una madre para mí, le expliqué, en una plaza que la ciudad de México tiene en el centro. Caminábamos con el carruaje detrás de nosotras, por si algo se ofrecía, desde mi casa, al pie del bosque, hasta esa plaza a la que le han puesto fuentes que hacen de lo más agradable los paseos. Me casaría con un Rincón Gallardo o con un Corcuera o con alguien así, a ninguno lo conoce usted, pero no importa. Lo que le quiero decir es que de la noche a la mañana todo cambió, nos vimos en un barco que salió de Veracruz una madrugada y a París llegaron con nosotros apenas unas cuantas de las cosas de

lo que teníamos. Salomón escuchaba y prendía de cuando en cuando la pipa.

Vine a Trieste unos días, a encontrarme con una tía a la que sigo sin ver por razones que si quiere otro día le explico en detalle, y sigo aquí, a punto de creer en el destino, ¿usted cree en el destino?, le pregunté. En la ciencia, fue su respuesta un tanto pedante. Bueno, se lo planteo de otra manera, le insistí ya para jugar con él, ¿en qué cree más, en el destino o en la ciencia? Son excluyentes, volvió a su tono doctoral. ¿De verdad lo cree?, le dije y me eché a reír. ¿Caminamos?, sugirió Salomón, y tomamos rumbo hacia el malecón, aprovechando que hacía un día espléndido. Pasamos por la sinagoga, el templo judío, pero él no quiso que entráramos.

Los niños y las niñas han de hacer siesta, Nona, avísale a cada nana que se ocupe, te ordenaban y tú ibas colectando la tribu de dormilones. No me puedo acordar en qué casa me vino el sueño del torreón, a lo mejor en todas, ¿en todas hacíamos siesta, no? Un sueño de duermevera, apenas. Un sueño sin réplica. ¿Se puede soñar dos veces con la misma cosa, Nona?, te preguntó espantado Germán un día antes de aquel cumpleaños en el que papá llegó con la copia de la torre Eiffel para una maqueta nueva de tren que nunca acabaron de construir y que dejamos abandonada junto contigo. Tú le dijiste a Germán: Soñar dos veces con la misma cosa es asunto del eco de los sueños, algo has dejado incumplido. Mi hermano y yo te vimos con cara de intriga, ¿tenían eco los sueños? Ha tenido que pasar todo lo que ha pasado para que yo termine por creerte, amada nodriza mía.

Salomón terminó un día por irse. Me gustaría ir a Atenas en vez de retornar a la universidad, me dijo, la última noche que estuvimos juntos, como quien confiesa para sí un sueño o un plan futuro o, mejor, algo que es ambas cosas. Me hubiera gustado decirle que no se fuera, o mejor aún: que me llevara con él. Me hubiera gustado pedirle que esperara conmigo a saber qué estaba pasando con Francisca y luego marcharnos juntos a Atenas en barco. Nos sentamos en una pe-

queña hostería a comer cualquier cosa. ¿Qué te da asco?, me preguntó Salomón a boca de jarro, bañado por un delgado sudor invisible de un viento ardiente que de cuando en cuando invade la ciudad. Doctor, como le decía yo para envanecerlo, no es éste un sitio para hablar de esas cosas. Su silencio insistió por él. Cedí: el vacío, la sensación de vértigo que me produce el vacío puede hacerme vomitar en dos segundos, ¿a qué viene la pregunta? Nada en particular, intentó convencerme. No te creo. Está bien, admitió finalmente, tengo la idea de que en cada persona la noción filosófica del asco coincide con su noción de placer, ¿sueñas a menudo que vomitas?, preguntó, y yo exploté. ¿A qué viene toda esta entrevista?, contraataqué, construyendo la última frase en un inglés de aire de petulancia tal que pretendía, a todas luces, intimidar a mi interlocutor. Él no se inmutó, contestó aún más flemático: A los sueños y las lagartijas. ¿A qué? ¿Qué tienen que ver unos con otras? A imaginar los sueños de las lagartijas, planteó Salomón, de pronto transformado de estudiante de medicina vienés con aspecto judío en un malabarista de pensamientos ajenos.

¿Por qué, Nona, por qué me quedé en este punto en el que todos los caminos de todas las lenguas han decidido cruzarse, en este callejón sin salida de todos los vientos? ¿Sabes a qué se dedicó Salomón las tres semanas que pasó en Trieste? Nada menos que abrir anguilas vivas para verificar si tenían o no órgano reproductor masculino o femenino. ¿Y eso a quién le importa?, le cuestioné, ya en un italiano de mayor moderación. A la ciencia, evidentemente, me dijo. A las anguilas, evidentemente, contesté. ¿Y lo de los sueños? ¡Ah!, pues tengo la idea, y sólo se la diré porque estoy seguro de que nos volveremos a cruzar algún día, de que las anguilas mientras duermen, o fingen hacerlo, presienten su muerte. ¿Cómo puedes afirmar semejante cosa? De la misma manera que alguien puede afirmar escribiendo que en Trieste el Bora y el Siroco se reparten la semana: uno ataca tres días y el otro cuatro: una especie de armisticio y convivencia de zona libre de

los vientos. No entiendo la relación. No importa. Vaya. Imaginemos, me dice, que las anguilas con las que experimento son lagartijas para un grupo de niños malcriados por el dinero, de vacaciones en una casa enorme llena de sirvientes. Los niños llegan hasta la caja en la que, atrapadas, las lagartijas aguardan. Traen con ellos agujas calientes, sacadas de Dios sabe dónde, para ensartarlas por lo que ellos creen que es el culo —ésa es la palabra que usó, Nona, de otro modo para qué hacértela saber—. Eso dijo, Nona, y remató: ¿Y sabes qué es lo mejor? Que en su presentimiento, las lagartijas lo esperan, no van al encuentro, lo esperan con la sercnidad del placer y dolor que sólo es posible sentir en un sueño.

Me quedé en silencio un buen rato. Luego le pedí que me dijera si, como se rumoraba, habría guerra. En eso se nos fue el resto de la cena. Me dejó en la puerta de la casa de Francisca y hasta entonces se atrevió a rozar mis labios con los suyos. No más, un amor casi infantil. ¿Qué marca lo que a unos se les ocurre decir, imaginar, y a otros hacer? En mi cama, sola y desnuda, vagué como una enteleguía en medio del Siroco férreo y la voz de Salomón develándome su teoría de las lagartijas, los sueños y los niños, con toda mi incapacidad auestas para haberle dicho que cuando, en efecto, les hacíamos aquello a las lagartijas, el asco se me confundía con las ganas de ser, por un instante, la lagartija, en el sueño, en el presentimiento.

El encuentro con Salomón me dejó en el desconcierto. Ya estando él en Viena, pasé noches de verdadero martirio entre el insomnio y las pesadillas. Presa del eco de los sueños. La imagen del torreón desprendida de una tarde de siesta no me acuerdo en qué casa. Ahora sin ti para venir a descifrar el significado de cada cosa. Vuelve el eco de ese sueño de infancia. Los sueños son en presente, viven en él. Estamos en el zócalo de Cuernavaca, caminando hacia la casona de Cortés, esa suerte de castillo medieval amarillento, arenoso, imposible de asal-

tar. De pronto, de entre sus piedras comienza a filtrarse agua, primero lentamente, luego con mayor ímpetu. Nosotros, mi familia, tú, otros más que no alcanzo a identificar, nos quedamos parados sin hacer nada, justo como quien temple el mar desde el filo de las olas, dejándose apenas mojar por la espuma desfalleciente. Nos quitamos los zapatos, luego los calcetines y nos abrazamos, siempre con la vista fija en el torreón de la Casa de Cortés. De ese lugar asoman hombres desnudos, cuyos miembros enormes y erectos parecen más lanzas de ataque; detrás de ellos, mujeres cubiertas con delgados velos que no tardan en dejar caer. Nosotros vemos, abrazados, el nivel del agua subir —está tibia, dice alguien—, que los hombres y las mujeres comienzan a acariciarse entre sí. Puedo ver los pezones, Nona, sí, puedo verlos como si tuviera un catalejo, no estamos tan cerca, pero a mí me parece que a las mujeres les han crecido tanto y se les han puesto tan duros que se levantan de su redonda parsimonia como queriendo lanzarse, como queriendo salir disparados.

Brazos que se multiplican, lenguas que se alargan, dedos de habilidad guerrera para sobrevivir en medio de aquella confusión de sudores y jadeos. Las nalgas, Nona —y esto es algo que sólo te diría a ti, aunque deba resignarme a que Emiliano te lo lea—, me parecen hermosas, dunas a la sombra, las orejas rastrean dientes, los ojos se pierden, las bocas se olvidan de respirar. Los cuerpos son todos uno solo. Un hombre sostiene las piernas de una mujer sobre su cuello, como si fuera un papá que carga a su pequeña por entre los jardines un domingo familiar cualquiera. La niña aprieta las piernas, clava su pequeño aguijón redondo sobre la nuca sudorosa del hombre. El agua nos llega ya al cuello, no nos movemos, seguimos abrazados, la temperatura del cocimiento va en aumento, ¿somos nosotros?, nadie se atreve a preguntar.

En el torreón de las delicias, sentada sobre los hombros como una alteza infantil, la niña aprieta, brinca levemente, talla la parte más secreta de su vértice. El hombre no ve, sólo escucha una respiración de espécimen acosado, él prefiere no

ver; camina, danza, se balancea, porque sabe que de esa manera la clandestina piel de ella rozará con más intensidad; no ve, porque entonces, lo sabe, se pecatará de que, en efecto, es su propia hija la que contiene como puede, la que se traga como puede el aullido de placer que alcanza a leerse en la expresión de la cuenca vacía de unos ojos que no están.

Es cierto, me lo hizo saber Salomón, en los sueños uno nunca es quien cree ser. Pero es el miedo, tu asco supremo, decía mi amigo vienés, lo que te delata. Por eso, cada vez que el sueño venía, Nona, despertaba con el mismo acto instintivo de llevarme las manos a los ojos, de tocarme el rostro, limpiarme el sudor y correr a vomitar al baño. Así fue hasta que por fin conocí a Francisca. Luego de esa noche el sueño ha desaparecido, no sé si para siempre, pero no he vuelto tenerlo desde entonces. Aquí, es difícil saber si algo se ha ido realmente, ya ves, los vientos, la niebla, el mismísimo mar—que en un lugar cercano que llaman Aquileia— se ha ido escondiendo de kilómetro en kilómetro hasta llegar a diez, todo se escabulle sólo para volver después, retornar de su muerte simulada, de su huida imposible.

Así es Trieste. El no lugar. Un escenario para que afloren en todo su esplendor las imposibilidades: la de irse, la de quedarse, la de morir, la de vivir, la de olvidar, hasta la de contar una aventura. Éste es el lugar frontera donde la vida se nos revela en toda su imposibilidad y, sin embargo, hay que seguir escribiendo, viviendo, leyendo, amando como si todo eso fuera posible, como si tuviera sentido realmente y no fuéramos prófugos de la muerte, viajando de un lado a otro, de un país a otro, de un cuarto a otro, de un amor a otro, creyendo que así nos libraremos de morir hoy.

¿Ves, Nona?, de pronto no soy yo, es la escritura. No te confundas, no soy quien tú crees que soy. Nunca lo he sido. Lo que las letras y su orgía me engendran. Me muevo y tú no me ves, me he cambiado de lugar para seguir escribiéndote. Aho-

ra estoy en un parque con una fuente y monumentos. Recargo el papel sobre mis piernas, un castaño me hace sombra, mientras un anciano da de comer a las palomas.

Luego de mis noches ahogada en Cuernavaca, antes de llegar con Francisca, vino la historia de los gemelos Karavaj, de los que ya te había hablado, los que se supone eran eslovacos. Una noche, mientras cenábamos con la tía en ausente presencia, los hermanos anunciaron que a la mañana siguiente se irían. Emilia, me parece verlo ahora con toda claridad, volteó a mirar Günter, y ambos convinieron algo en silencio con un leve movimiento de cabeza. Los gemelos continuaron: en una noche especial como ésta, a manera de agradecimiento, Leo, uno de ellos, tocaría una de las sonatas para cello de Brahms. Como si todo se hubiera ensayado, apenas había terminado de decirlo, ya Günter estaba en el comedor con un reluciente cello listo para Leo. Kurt, el otro gemelo, se dispuso, mientras el que yo creía aún que era su hermano tocaba, a enseñarnos un juego que, aseguró, era muy popular en su natal Croacia. ¿Croacia?, pregunté, ¿qué no érais —ésta es la forma que usé— eslovacos? No, dijo Kurt quitado de la pena, como si nada. A ver, traté de reordenarme, tú y tu hermano se presentaron como comerciantes venidos de Eslovenia, ¿qué no? ¿Hermanos?, no somos hermanos, sino socios; Leo es italiano, de Nápoles, para ser más precisos, y yo, ya te lo dije, soy de Zizak a orillas del río Sava, en la vieja Croacia.

¿Habrás llegado, Nona, al mismo grado de desconcierto que yo? ¿Podrás acompañarme desde tu allá? ¿Me explicarás, como lo hiciste tantas veces, hasta lo inexplicable? ¿Me dejarás volver a tocarte para saber de alimentarse por carne cálida, por piel tibia? ¿Qué tan lejos estás de leerme, Nona? Lee con los ojos de Emiliano y dile para que me diga: ¿Cómo era posible que fueran idénticos sin ser hermanos? Todo era una locura; lo sigue siendo; lo ha sido siempre.

Leo, quien en ningún momento dejó de tocar a Brahms, sonrió y dijo: coincidencias, nada más. Somos idénticos, eso es todo, remató con la serenidad de quien ha dicho algo evi-

dente como el sol. Fue Emilia, como siempre que necesitaba, la que ordenó a cada quien en su papel. Basta, dijo con voz firme en dialecto veneciano, vamos a lo que importa: Kurt, explica el juego y determina a quién le tocará descifrarlo. Nos llamamos y Kurt me escogió a mí argumentando que todos los demás ya conocían la solución del acertijo. Primero el relato, pidió exigiendo Günter, señalando a Emilia. Adelante, cedió el croata con un movimiento de brazo.

Emilia comenzó a contar:

Esta aventura sucede en un puerto bañado por un mar frío y estremecedor. El lugar se llama Tersgevere [que te cuento es el antiguo nombre de Trieste, aunque eso, como otras cosas de las que te iré poniendo al tanto, yo no lo sabía al momento en que intentaba seguir el relato]. Es una ciudad cosmopolita con un gran teatro de ópera en el centro, un famoso café central, clubes sociales y un enorme edificio de piedra firme y acabados relucientes que ocupa la Bolsa, llamémosle —volteó a mirar a Günter— Lloyd [otra vez una referencia directa al Trieste real que yo pasé por alto, cuánta ingenuidad, caray!]. A ese puerto, una mañana, desembarcando de una fragata con bandera griega, llegan dos amigos. Uno de ellos se llama Kurt, interrumpí. No, me corrigió severa Emilia. Es demasiado obvio, remató Kurt. S, dijo la relatora, se llamará S, y será tunecino, el otro, E, y vendrá de Dalmacia. Es el 13 de marzo de 19..., el sol brilla intenso, tejiendo hebras de luz sobre el bullicio del puerto, los dos amigos se aprestan a adentrarse en un mundo que desconocen y que les depara sorpresas y aventuras.

Así comenzó Emilia, y me pregunto ahora, Nona, por qué a mí no se me ocurrió algo similar para empezar esta carta. Quizá porque, aunque se trataba del juego croata que propuso Kurt, Emilia contaba con la seguridad de repasar en la memoria lo que se cree con toda convicción que sí ha ocurrido; yo no.

En fin, los hermanos se instalaron en la ciudad, recorrieron su gran avenida atestada de comerciantes judíos y pro-

ductos traídos de aquí y de allá —con decirte que hasta vainilla de Papantla y ámbar de Chiapas se lucía en las vitrinas de aquellas tiendas que más semejaban vagones de un enorme tren comercial—. Fueron a las tabernas, se mezclaron con los marinos, tuvieron que ver hasta con cuatro prostitutas, dos rumanas y dos de Togo, a la vez; se vieron envueltos en una pelea entre unos turcos otomanos y unos gitanos a los que los primeros acusaban de haberles robado jugando a las cartas, consiguieron una que otra cartera fingiendo que daban de comer a las palomas azules que hay en la Plaza mayor, fueron a alguna de las tantas iglesias que hay en la ciudad —San Antonio, propuso Leo—, hasta que de tanto andar nadie, ni siquiera ellos a sí mismos, los vio más como extranjeros.

¿Tras de qué andaban?, ¿alguien lo sabe?, preguntó estirando la voz y la mirada, Emilia. No, contestó un coro de voces listas para seguir el juego. Tal vez ni ellos, aventureros que lo mismo se hacían pasar por comerciantes de café, por estibadores provenientes de Gdansk, o por miembros de una compañía piamontés de ópera bufa, lo sabían. Estaban, por lo tanto, listos.

Sucedió una tarde en que llovió de modo demencial, dijo Emilia engrosando un poco la voz. Abrevia, de otra manera llegará el día, nos iremos y no habrás terminado, reclamó Kurt. Sí, falta aún el acertijo que es la parte central del juego, contribuyó a apurar Leo. Aquí es al revés de la realidad, se volvió hacia mí Emilia, furiosa, que por primera vez hablaba en español, un español diáfano, tan demoledor como el de mi madre cuando daba una orden: dejen de jugar desnudos con el agua, niños, vístanse que recibiremos visitas importantes de la ciudad. Así Emilia, incendio en los ojos, español del dominio: Aquí es al revés, repitió —¿o sería el eco?—, aquí la voz del amanecer no sucede a la de los insectos, esto es su imagen invertida: antes del amanecer, los insectos, todos iguales de igualarse entre sí, no anteceden a la luz, reclaman del amanecer la grosera síntesis de su explicación. ¿Ésa es la adivinanza?, pregunté genuinamente. Nadie me hizo caso, como si no existie-

ra. El pleito ya era entre ellos. Adelante, continuó la furibunda Emilia, dibujen las columnas y pasen a lo que ustedes creen que es importante. Aquí está su víctima, y me señaló.

Juré que no se lo perdonaría. Mas casi de inmediato, como si se tratara de una fiebre súbita, comencé a sentir que me invadía una desazón por momentos incontrolable.

Con ella sentada enfrente, las piernas de Emilia bajo la mesa, su carne furiosa, sus pies plantados, la masa violenta que era toda ella, se fue tornando en una imagen cada vez más nítida en mi interior. Podía respirar por sus poros, escuchar su corazón, sentir cómo pasaba el vino por su garganta. Empecé a sudar, pero sin poderme desprender de Emilia y su perfume, Emilia y sus manos, Emilia y su vientre, y en él, un poco más abajo, una palpitación incontrolable, un latido mitad asco mitad deseo. ¿Por qué, Nona, por qué ese sonido indescifrable se nos presenta de repente no para prevenir nuestros impulsos, sino para decirnos, burlarse, de que ya es demasiado tarde? Fingí que un pedazo de pan se me había caído. Agaché la cabeza por debajo de la mesa, mi vista encontró lo que buscaba: apenas una línea de luz color carne; pero lo suficiente para mi imaginación.

El juego que los gemelos explicaron era simple, al menos así me lo pareció al principio. Si tú sabes, me dijo Kurt, acompañando su español españolizado con una leve sonrisa, qué son y para qué sirven: un cipo, un tríglifo y una métopa, te será más fácil resolver el enigma. No tengo la menor idea de qué hablas, Kurt. No importa, de cualquier forma podrás, sólo tendrás que esforzarte un poco más. Veamos, caza el mensaje que hay entre las siguientes palabras. Caza, caza paloma, caza el mensaje y llévalo presta, interrumpió Emilia entonando lo que me pareció una vieja canción regional. Siguió Kurt sin inmutarse: Apunta, me ordenó, te las dictaré y tendrás que ir las acomodando en tres columnas de seis. ¿Está claro? Cuando estaba a punto de seguir, lo paré. No tengo lápiz, ¿me permites subir por uno? No hay tiempo, memorízalas, dijo sin dar otra opción y comenzó a dictar:

ihnalz, arnuro, odxhnp, aeeeil, spesdr, eedgnc, zaemen, trvree, estlev, ennios, erssur, treedt, ruiopn, mtqssl, eeuart, noupvg, ouitse, artvee.

Me quedé, como una auténtica y completa boba, sin decir una palabra ni hacer un gesto. Te escribo las palabras del modo en que las grabé por primera vez en la memoria, sin encontrar ya no digamos algún significado, sino sin siquiera poder acomodarlas en las dichas columnas de las que habló Kurt.

En esas estaba cuando Leo separó el arco del cello, detuvo la música y me reclamó con poca gentileza: Por favor, te hemos pedido que las agrupes en columnas, tres bloques para ser exactos, así que hazlo, ¿es tan difícil? No me preguntes cómo supo Leo de qué manera había escrito las palabras en mi mente. Si tú, la Nona de todas las respuestas, la de todas las manos y todos los aprendizajes de cuerpo y alma, no lo sabes, menos yo. ¿Qué me quedaba? Acepté. Emilia me acercó lápiz y papel, y las palabras de la adivinanza quedaron finalmente así:

ihnalz	zaemen	ruiopn
arnuro	trvree	mtqssl
odxhnp	estlev	eeuart
aeeeil	ennios	noupvg
spesdr	erssur	ouitse
eedgnc	treedt	artvee

Mucho mejor, dictaminó Günter, mientras volvía a llenar mi copa de vino. Yo, te lo vuelvo a decir, hacía rato que no decía ni pío. Ahora, siguió Kurt, encuentra el mensaje cifrado y tendrás todas las respuestas.

¿De qué mensaje estaban hablando? ¿Qué clase de broma era aquello? Palabrería, pura palabrería, no hay más que eso, quise decirles e irme de ahí de inmediato. Pero en Trieste, parece, se piensa una cosa y se hace otra, como si lo primero estuviera en una lengua y lo segundo en otra, y entre lo pensado y lo hecho no hubiese traducción, compatibilidad posible. Hice un intento, otro, uno más. Repasé cada uno de los

términos, intenté hallarles sentido en un idioma y otro, nada. Brahms y su música de fondo se repetían como un enigma que vuelve generación tras generación, como un secreto, ¿me explico, Nona? Günter, Kurt y Emilia seguían mis gestos, única huella, pero suficiente, de mis esfuerzos mentales por resolver el juego. No puedo, les dije, lo único que tengo claro en este momento es que las palabras tienen en común las siete letras que las forman, no más.

Somos cinco en la mesa y seis en la casa, si contamos a la tía, me aventuré; también nosotros somos siete. Así es, fue la raquítica respuesta de Emilia. ¿Y eso qué?, dijo Leo. Claro, ¿eso qué?, seguí yo, ya con fastidio. Los tulipanes vienen de dos en dos y se dan en Holanda, aseveró, con evidente tono de burla, un Kurt al que me dieron ganas de matar. No tiene sentido, nada de esto tiene sentido, se han puesto de acuerdo para ponerme en ridículo, exploté. Calma, calma, intercedió Emilia, al tiempo que, ante mi completa sorpresa, posaba levemente su pie sobre mi pierna. Es mejor guardar esos ímpetus, mañana seguiremos. Quédate con lo que tienes y sigue tu intuición. Quitó su pie sin que éste hubiera llegado a más, pero habiéndolo dejado lo suficiente para hacer una marca sobre mi pierna, una pequeña quemadura apenas perceptible horas más tarde cuando en mi cuarto pasé mi propia mano sobre una costra breve y amarillenta. Ahí estaba, en forma de pequeño lunar, el rastro del germen de Emilia enlazando su deseo al mío. Una mancha, Nona; una sentencia, la dominación de los astros; pero antes, había que resolver el enigma de los falsos gemelos.

Esa noche dormí sin soñar. A la mañana siguiente, me esperaban dos noticias sobre la mesa. La primera, una carta de mi padre dirigida a la tía. El sobre lo tenía Emilia, me lo mostró y me dio un pequeño beso en la mejilla. Se lo llevaré a la *donna*, dijo ya a la mitad de la escalera. De pronto se detuvo. Por cierto, Kurt y Leo salieron al amanecer. Un asunto urgente en Viena apresuró su partida. ¿Y el acertijo?, le pregunté con genuino interés de no quedarme así, en ascuas. Te

dejaron por escrito las instrucciones por si te interesaba seguir, están en un papel sobre la mesa que hay en la cocina. Más tardó en decirlo que yo en estar ahí para leerlas.

Cuando niños, Nona, a papá le gustaba jugar a algo parecido a lo que me encontré en Trieste. Era también una especie de rompecabezas —rompedecabezas, les decía Germán, ¿te acuerdas?— hecho de letras. Como un “ahorcado”, en el que te daban una primera letra y tú tenías que ir encontrando las otras letras hasta formar una palabra. Por cada error, te iban dibujando parte del cuerpo del ahorcado que colgaría del cadalso sobre el papel. La única pista, además de la primera letra, era saber, por el número de pequeñas líneas, de cuántas letras se componía la palabra. A ti no te gustaba, cómo no recordarlo ahora, claro, decías, cómo voy yo a saber si ya escribieron o no la palabra en la que yo pensé, te enojabas y te ibas a terminar alguna tarea.

Papá propuso en una de las vacaciones que pasamos en Jalapa una modificación al ahorcado. Mandó a hacer a Venancio, el carpintero, tantas letras como tenía el alfabeto. Eran pequeñas piezas de madera que luego entre los primos pintamos de colores brillantes. El juego consistía en que, divididos en dos equipos, las letras que formaban la palabra que el juez, o sea papá, había pensado, se escondería. El equipo que encontrara mayor número de letras ganaría. Listos para arrancar, a papá se le ocurrió que él se quedaría con la última letra; mejor dicho, que él se escondería junto con la última letra. Al encontrarlo, el equipo que lo hiciera sabría que había ganado. Te lo cuento ahora, Nona, porque ya no importa, porque después de Trieste lo que pueda contarte está claramente puesto en el pasado. Sabes, casi, quién ganó y quién perdió.

Encontré la última letra y a papá debajo de una cama, en medio de la completa oscuridad del cuarto. Lo encontré y se rió. Ganaste, dijo. Me jaló hacia abajo y yo accedí. Nos quedamos, porque él quiso y yo accedí, ahí abajo, entre la pe-

numbra y el polvo, con risitas de dientes apretados, nos quedamos y papá comenzó a dejar de reír y a respirar más hondo, y sus manos, y un bulto firme, y sus ojos, y mi papá perdía y yo ganaba, y yo perdía y mi papá se dejaba ganar por algo, por alguien que todavía no sé quién es, qué es... nos encontraste, salimos, nadie ha dicho nada, ni siquiera ahora que, desde Trieste, desde su muelle de pescadores con camisas sin mangas y olores rancios, te escribo. Nadie ha dicho nada. Casi ya no me duele.

Desde aquellas vacaciones en Jalapa, vuelve a mí una sensación parecida a la que me imagino deben tener los pájaros que vuelan sobre un mar de noche. Y no me refiero sólo a las grandes cosas a las que me puedo ir enfrentando, sino incluso a algunas cosas que parecerían insignificantes y hasta tontas. Ahí esta, por ejemplo, el juego de los gemelos, de ese par de estrellas de la simulación que desaparecieron, dejándome sólo la orden de que si no podía esperar a que las cosas se desamarraran solas, según decía su recado escrito, entonces debía ir a la catedral triestina. Atrae la solución y podrás reconocerla, decía el recado de los gemelos, ve hasta la catedral, sube a la cumbre del Karst y desde ahí podrás verlo todo con más claridad. El mensaje terminaba con las palabras con las que el juego había comenzado, mismas en las que yo no había reparado mayor cosa ya: cipo, tríglofo, métopa.

Fui. En algo tenían razón, desde la terraza de la catedral, en el punto mayor de esta colina alrededor de la cual la ciudad no ha dejado de crecer, se mira todo con una claridad incomparable. La escarpada piel del Carso guardián que nos rodea, la azulina invitación del mar que nos detiene, la bruma que parece sólo permanecer en mí, dentro. Me quedé en la terraza hasta que una música me sacó del ensimismamiento y me devolvió a la vida, o mejor dicho: a la muerte. En ese momento no hubo palabras, aunque mejor debería decir que las hubo todas sin orden, arrancadas de cualquier disposición para ser reconocida. Las palabras chocaban unas con otras dentro de mi cabeza como nubes velocísimas.

Unos días más tarde, en una situación que en seguida te explicaré, encontré esas mismas palabras a las que yo no había podido dar forma estando parada en la terraza. Ahí estaban, en su orden correcto, sin tintinear, sosegadas y quietas, esperando por mí. Pasé mis ojos y, como quien encuentra a una persona que no conoce pero que al toparse con ella sabe que la ha encontrado, pude reconocirme en ellas. Entonces leí. Ahora las transcribo de una arrugada hoja que se ha quedado conmigo.

“Desde ese elevado punto, la vista se extiende magníficamente a través del golfo de Trieste hasta el mar, hacia el puerto animado por el vaivén de las embarcaciones de pesca, la entrada y la salida de buques y barcos mercantes; la mirada abarca la ciudad entera, sus arrabales, las últimas casas escalonadas por la colina, y las villas diseminadas sobre las alturas. La catedral, compuesta de dos viejas iglesias romanas, consagrada una a la Virgen y otra a San Justo, patrono de Trieste, está provista de una elevada torre, que se yergue en el ángulo de la fachada, perforada por un gran rosetón, bajo el cual se abre la puerta principal. Esta torre domina la meseta de la colina de Karst, y la ciudad se extiende abajo como un mapa en relieve (¡Un mapa en relieve! ¡Una maqueta, Nona! ¡Un cuarto de trenes! La luz baja, ¿sigues ahí, Nona?). Desde ese elevado punto se distinguen fácilmente todos los techos de sus casas desde las primeras pendientes del talud hasta el litoral del golfo. El reloj del castillo (No te lo había dicho, en Trieste hay un castillo vigilante, mudo testigo de su propia y desesperante mudez), obra del siglo XVI, construido en la cúspide del Karst, detrás de la catedral, dio las cuatro de la tarde (¡la misma hora en que yo estaba ahí!, en una más de una cadena de coincidencias sorprendentes, Nona) de un día espléndido (como en el que yo estuve ahí). Las circunstancias eran, pues, favorables.”

¿Favorables para qué? Eso aún no lo sabía. Porque eso, lo leído, vino después de mi visita a San Justo. Así pues, estando ahí, atolondrada de palabras, mientras tenía el cuerpo recar-

gado sobre la barandilla de la terraza, llegando por detrás de mí, sigilosa como un último soplo de vida, fue que una voz me tomó del brazo. Sandorf, me susurró, soy Matias. Volteé y abrí los ojos. Mi nombre es Matias Sandorf, hace tiempo que la espero. ¿A mí?, pregunté aunque no había nadie más. Sin duda, dijo él con una voz firme y transparente, venga, mandó, y fui. En ese momento, él dijo lo que ya te conté: Hablan las imágenes: el cielo y la tierra no se juntan. Tiempo de obstáculos. Sólo el Iluminado, por su sencillez, acepta sufrir. Lejos estás del reconocimiento y la gloria. Depende de ti si tomas las armas o abandonas el campo de batalla. Todo está invadido por tinieblas. Puedes hundirte en ellas o atravesarlas. No sé si esperaba una respuesta de mi parte, algo así como una clave que le confirmara que era yo y no otra la que estaba ahí. Sandorf notó mi desconcierto y señaló a lo lejos: allá, vamos al otro lado de lo que fue el cementerio.

Lo seguí. Fui, sigo siendo, una sonámbula, ¿eso me hace inocente, Nona? Llegamos y lo que vi fue sólo una línea de restos de columnas, supongo que romanas. Había también algunas lápidas, o lo que quedaba de ellas, que parecían resguardarse bajo la sombra de los árboles. Esto fue un cementerio, de algún modo aún lo es, reemprendió el monólogo Matias, mire, me dice y apunta con el dedo, entre las hierbas, ¿ve?, me pregunta inquisidor. Yo sólo distingo ruinas, parece no importarle, él sigue: los cipos de la Edad Media, y más a la izquierda, ¿ve?, vuelve a la carga y yo sigo sin ver nada, sin entender nada, el Renacimiento: sus tríglifos, sus métopas, todo mezclado.

Son las palabras del juego de los falsos gemelos. ¿Piedras?, en apariencia. Desconfía de la apariencia, ¿no decías tú, Nona, cuando nos sentábamos a ver el cielo tratando de adivinar si más tarde llovería o no? El tiempo, eso nos leías, nos descifrabas cuál de los limoneros estaría más cargado a la hora de arrancarle los frutos, qué vaca iba a parir antes y cuál después, cuánto haríamos camino a la escuela o a qué edad me casaría. Leías el tiempo, Nona, atrás y adelante, para hacer una ope-

ración matemática cuya fórmula sólo tú conocías. No he vuelto a conocer quién pueda hacerlo, ni siquiera aquí, en esta ciudad en vilo, en este puerto donde una tiene que aprender a leer sobre las rocas.

¿A la memoria?, pregunto a Sandorf. Sí, pero no sólo, dice y no dice nada más. Lo que quiere decir... conmino a que complete. Acepta y acaba la frase: son también como un epitafio, una pilastra a la memoria. De una persona difunta, digo yo. Sí, pero no sólo, repite. ¿No sólo qué?, vuelvo al ataque. También indican la dirección o la distancia, alecciona él. ¿Las columnas?, me escucho. No exactamente, lo que le quiero indicar es que ese nombre, cipo, también lo recibían los postes que en los antiguos caminos servían para indicar la distancia entre dos puntos o la dirección para llegar a alguno de ellos. Levanta la vista, me pide localice los trífligos. ¿En dónde?, ya ves, no hago más que preguntas que él sabe vendrán. Es lo saliente de forma rectangular, decorando el friso, ¿lo ve? Digo que sí sin mucha convicción. Está surcado por tres canales, me explica sin darse cuenta de que yo lo veo a él. Ah, exhalo y trato de poner cara de qué interesante, es tonto contestar así, pero no se me ocurre nada mejor. Me queda sólo una palabra: métopa. Matias prosigue rampante: entre trífligo y trífligo hay una métopa. Es decir, lo aliento. Es decir, ese espacio rectangular en el que puede ver, en relieve, una doble figura humana unida por la espalda. En efecto, ahí está, la distingo, ¡al fin puedo ver!, de perfil dos cuerpos cuyas espaldas parecen cosidas, en realidad es una sola espalda, cada lado con su cabeza, cada cual con sus brazos y sus piernas; de perfil se alcanzan a mirar, a distinguir bien: son un hombre y una mujer: él tiene el miembro completamente erecto, ella no lo puede ver, pero por su expresión pareciera adivinar, o mejor todavía: pareciera saber que esa protuberancia de carne viva que se levanta es su otro costado, parte de ella misma.

¿Un sacrilegio? Puede verlo así, habla Sandorf, pero del mismo modo puede reconocer en esos frisos una peculiari-

dad arquitectónica que hace venir hasta acá cada año a cientos de arqueólogos, historiadores, arquitectos y demás académicos por el estilo. Bien, me alegro por las finanzas de la ciudad y por las de la orden que cuida de la catedral, ¿pero qué tiene que ver eso conmigo? ¿Quién es usted? ¿Qué relación tiene con los falsos gemelos? ¿Qué hay de las pistas para resolver el acertijo?, disparé con la misma ansia de quien busca agua en nubes del todo blancas. Demasiadas preguntas, pronto le seguiré explicando, me respondió con una pedantería pseudoaristócrata y como si en realidad me hubiera aclarado algo por lo que yo debiera sentirme en deuda. Estaba, sin embargo, dispuesta a cercarlo hasta que despejara las dudas que en mí no habían dejado de sembrarse. Matias y su aire de suficiencia clavarón la vista en el reloj del castillo. Tengo que irme, dijo y se esfumó cuesta abajo.

No sé cuánto tiempo vagué por los entresijos reales y los que yo me he ido haciendo de esta ciudad-mundo en la que proseguir parece cada vez más volver a empezar. Sin cabeza para seguir dándole vueltas al asunto, me quedé hasta que oscureció en la catedral y luego bajé a la ciudad sin ánimo de ir a la casa, pero tampoco con ganas de la calle. Acabé haciendo ambas cosas aun sin querer ninguna. Al cabo de mi deambular, llegué a la casa tan tarde como para que nadie estuviera ya cenando. Tampoco quise hacerlo y subí al cuarto. Me tiré en la cama con la mejor disposición de que el sueño me venciera, de sumirme en un largo y profundo sueño, de ir párrafos, páginas, libros atrás y volver a leer estando ahí: María, más agua de jamaica que ya se acabó en esta mesa, Fulgencio, tráigale su cortador de puros al señor y de paso trae la licorera con el coñac para los grandes, Niños, si le siguen pegando a las niñas se les va a secar la mano, Qué calor este año, Ni te quejes que si un día estás fuera vas a extrañar, Me encanta tu sombrero, Los negocios van, Niños, qué es eso de aventarse tierra, Ven, acompáñame al sótano, ¿Y si nos regañan?, Es un

juego, ¿Como primos?, Como primos, ¿Sólo un poquito? Sólo este dedo, que es el más chiquito, te lo prometo, ¿Y si nos regañan? Nadie nos ve, ándale, ¿Como primos?, Como primos, Me gusta, A mí también.

No desperté ahí, Nona, no he despertado ahí nunca más. Sigo aquí, sin poderme ir, sin poder regresar, a no ser que sea por esta larga carta que en realidad se ha convertido en varias. No podré más que regresar dentro de un saco de tela, irreconocible, con la compañía de letras y papel para que quien sepa leer sepa también quién soy.

Del sueño de infancia me trajo una voz delgada que se escurría entre las paredes y entraba al cuarto como agua que se filtra por debajo de la puerta. ¿Te acuerdas, Nona, de la canción favorita de mi mamá, de aquella que cada cumpleaños el tío Roberto le cantaba con su cara y panza de barítono? Era ésa la letra que comencé a oír, no la voz de Roberto, pero la canción era la misma, sólo que cantada por una mujer:

*Si una paloma llega
A tu ventana
Trátala con cariño
Que es mi persona*

¿Te acuerdas? Se llama “Una paloma blanca”, ¿no? En ese momento hubiera jurado que la canción venía de arriba, y hubiera podido jurar también que era la mismísima tía Francisca la que cantaba. Fue como si la estuviera viendo, ¡a ella, a una persona que nunca en mi vida había visto!, sentada frente a la triple luna del espejo de su cómoda de caoba traída desde México (qué necedad traerse los muebles desde allá, pensé como si fuera un hecho cierto). Creo verla. Cepilla su pelo, ahora blanco por completo, largo, muy largo, ligeramente ondulado por la trenza que todas las noches se hace antes de ir a la cama a sabiendas de que no va a poder dormir, luego se levanta, se deshace la trenza, cepilla su pelo y canta: Si una paloma llega... todas las noches se vuelve a hacer la trenza, va de nuevo

a la cama, se sienta y acaricia la almohada en la última estrofa que canta, se alisa el camisón, acomoda la trenza sobre su pecho lleno de pecas, deja de cantar, finge dormir, al rato se levanta de nuevo y vuelve a empezar: canta, se cepilla, canta, ¿por qué es la primera noche que la oigo? Me duermo a la espera de volver a escucharla.

No hay canción y sí un sol radiante cuando despierto. Deben de ser más de las once, intuyo. Me visto y bajo sin ánimo de encontrarme a alguien y mucho menos de platicar sobre Sandorf o la misteriosa soprano de la paloma blanca. Ya no hay recados de los falsos gemelos ni cartas de papá, pero el juego no ha terminado. Me cruzo con Emilia en el comedor. ¿Sales? Sí, me apetece un café y ver palomas en el jardín central. ¿Palomas?, ¿blancas, grises o azules?, me cuestiona. No te entiendo, ¿es otro acertijo? Calma, es una broma, sólo quería hacer notar que en Trieste, a diferencia de Venecia, sólo hay palomas azules, trata ella de suavizar. Ah, creí que te referías a la paloma de la canción. ¿Cuál canción?, pregunta y yo asumo que no sabe nada, no sé por qué, no tiene sentido. Una canción que es muy popular en el lugar del que vengo. O al que vas, vuelve a intentar bromear; yo no estoy de humor. Corto el encuentro: Al que voy se llama café y luego al parque, te veo más tarde. No demasiado, advierte Emilia, tienes una cita con Sandorf. ¿Con Sandorf?, no lo puedo creer. Sí, vendrá como a las cuatro. Estallo: ¡A quien quiero ver ya es a mi tía!, ¿se puede saber qué está pasando?, ¿por qué tú y Günter se turnan para inventar evasivas? ¿Evasivas?, se escurre Emilia con intención de tranquilizarme. ¿Cuándo voy a ver a mi tía? Pronto, muy pronto, me dice y se acerca para darme un beso en la mejilla, ten un buen día, lo necesitas.

Salí de la casa sin rumbo fijo. Me apetecía estar en un lugar con gente, quería encontrarme con alguien. Cerca de la plaza donde está el gran edificio de la Bolsa, en pleno centro de Trieste, me senté en una pequeña mesa que se tambaleaba, como yo, pensé. Pedí un expreso y me entretuve un rato entre el caminar agitado de las personas y las páginas que el

periódico de mi vecino de mesa me permitía ver. En algún momento debió sentir mi mirada sobre su diario porque al cabo de un rato fue bajando poco a poco el papel que le cubría la cara hasta quedar sus ojos frente a los míos. Buenos días, saludó cordial. Buenos días, le contesté, hay que aprovechar antes de los vientos, ¿verdad?, dije tratando simplemente de conversar con alguien. ¿Perdón?, me preguntó ella. Porque era vecina y no vecino con quien platicaba, Nona. Quiero decir que no todos los días se puede leer el periódico, por los vientos, usted sabe. Sí, no siempre, ni entre dos, y sonrió. Yo también.

Estuvimos platicando un rato largo, no sé cuánto, pero lo suficiente para que una buena parte del relato de nuestras respectivas vidas saliera a relucir. Pía, que así se llamaba, estaría por los treinta años, esperaba a que su marido terminara de hacer unos negocios y luego regresaría a Florencia, donde vivía desde que se casó. Nacida en Gorizia, cerca de Trieste, regresaba un par de veces al año. Su familia seguía viviendo en su pueblo natal. Por mi parte le conté las circunstancias de mi estancia en Trieste. De pronto, cuando le mencioné por segunda o tercera vez el nombre de Francisca, Pía abrió enormes ojos y me preguntó incisiva: ¿No es la Francesca mexicana de la que estamos hablando? Imagino que sí, fue mi respuesta. Pero si tu tía, con el perdón de lo que voy a decir, hace tiempo que murió. ¿Cómo?, podrás imaginar mi desconcierto. Bueno, a lo mejor no es la misma. Pero había una Francesca a la que le decíamos la mexicana, y a quien mi abuela solía visitar de cuando en cuando. Sigue, pedí. Fue hace un par de años, tal vez un poco más. ¿Tú la viste muerta?, pregunté de una forma que más tarde a mí misma me sorprendió. Yo no estuve en su sepelio, ya vivía en Florencia, pero según supe, por boca de mi abuela, hubo mucha gente, no tendrás dificultades en encontrar a quien haya estado ahí y te pueda contar mejor.

Nos quedamos algún tiempo más platicando, algo me dijo sobre ir a Florencia a visitarlos a ella y a su esposo y de sus

deseos de conocer México. Luego de lo que había dicho sobre la supuesta muerte de Francisca, Nona, carecía de ánimo para hacer más sociales. Me disculpé, puse un billete sobre la mesa, mismo que Pía me devolvió acompañándolos de un comprensivo: Lo siento, creí que sabías. Sonreí lo mejor que pude, nos despedimos y tomé camino con paso rápido a la casa con la decisión de marcharme a más tardar a la mañana siguiente.

Con la tía o sin ella, habiendo resuelto el acertijo o no, con más preguntas que respuestas, me iría lo más rápido posible de Trieste. Llegué a casa y subí de inmediato a mi cuarto. Saqué mi ropa de la cómoda, la puse sobre la cama y empecé a hacer la maleta. ¿En qué parte del bosque estaba, Nona? ¿Cómo saber con exactitud si se ha caminado lo suficiente para empezar a salir, o si todo el esfuerzo no ha hecho más que adentrarnos más entre los cerrados meandros? Tú me enseñaste esa palabra, meandros, dijiste poniendo tu dedo de café con leche sobre el dibujo del libro. Qué feo nombre, te dije. Horrible, pero así se llaman, y seguiste ayudándome con la tarea.

Alguien llamó a la puerta. Sólo falta que sea la tía, pensé. No, era Emilia. Agitada y con el vestido mal acomodado, al punto de dejarle uno de los hombros descubiertos, me anunció que Sandorf pedía que lo esperara en la biblioteca. ¿Qué te pasa?, pregunté con ganas, más bien, de preguntarle ¿qué le pasa a mi tía?, ¿qué le pasa a esta casa?, ¿qué le pasa a esta ciudad neurótica, opresiva, veleidosa, impredecible? No se lo dije, pero ella reaccionó como si lo hubiera hecho. Cálmate, no es para tanto, todo tiene una explicación, ¿y esa maleta? Me voy, aseguré tratando de ser firme. No hoy, ¿verdad? Si puedo, hoy mismo. Baja a la biblioteca y espera a que mañana sea otro día. Se alisó el vestido a la altura del vientre y luego, asegurándose de tenerme frente a frente, cubrió la piel del hombro descubierta, metió ambas manos por su escote pronunciado, colmándolas cada una con un seno. Parecía un desplante, Nona, una provocación. Rápido me hizo ver que, en efecto, lo era. Ayúdame a acomodarme la cinta del pelo,

pidió. Se zafó la cinta marrón que mantenía atada una maltrecha cola de caballo, recogió los cabellos que le jugueteaban en la frente y me llevó de la mano hasta ponerme a sus espaldas. No jales demasiado, acércate, deja a mi nuca sentir el latido de tu corazón. Emilia sostenía el cabello reunido con ambas manos sobre la cabeza.

Todo lo demás sobrevino demasiado rápido. Amarre la cinta sintiendo a Emilia dar un par de pasitos para atrás hasta que mi pecho hizo contacto con su espalda. Luego ella se volvió y en un solo movimiento sus manos sobre mi cara, sus ojos dentro de los míos, sus costillas entre las mías, sus pies sobres los míos. Sin siquiera un ángel de aire que mediara entre los dos cuerpos: su boca, su lengua, sus dientes grandes y fuertes, la espesa marca de su saliva. Qué beso, Nona, perdón que te lo diga así, pero hasta entonces supe que alguien puede quedar colgado de un beso por mucho tiempo. Que hay besos en la vida que se vuelven una hebra hecha de jirones de piel del tiempo, sobre la que se puede reptar, subir y bajar, descolgar un recuerdo y volver a estar ahí, con el cuerpo enrollado, las piernas haciendo presión, tratando de ser un solo incendio.

Se ahoga el devenir, Nona, todo es menos real cuanto más tangible. Algo así como lo que tú decías que pasa con los suspiros: el tiempo que deja de ser tiempo. Igual, pero más intenso. Un segundo dentro de un minuto que estará dentro de muchas otras cosas. Cosas de las que se queda fuera quien besa, calcinado por los vientos candentes del abismo. Emilia se fundió, se hizo arena para ser moldeada, para dejarse dar forma por las manos, los pies, la lengua a prueba de lava y polvo ardiendo. Una figura que surge mientras va ella misma dándole forma a las manos que la tornean. Una escultura de arcilla de la que sale la propia figura de quien dándole forma se la da a sí.

Ahí quedarán los surcos, las marcas de la distancia, el friso dibujado sobre el vientre, los restos de columnas con inscripciones impronunciabiles, los bergantines que se anuncian en

su jadeo a lo lejos. Ahí quedarán, suspendidos, resguardados de la luz y la mirada indiscreta, de las murmuraciones y juicios sociales. Con la lengua filosa se abre el sendero que cruza la isla del mediodía del cuerpo de las figuras. Guárdate ahí, en el ojo de la cerradura que abre el mundo. Guárdate de mí, suplica Emilia, y se queda sentada, desnuda, como un cuadro a medio terminar, con la mirada puesta en lo que el pintor aún no ha dibujado sobre el lienzo, la cabeza un poco de lado, el pelo recogido, una cortina gris a su espalda, la luz sobre los senos. Emilia me ve salir.

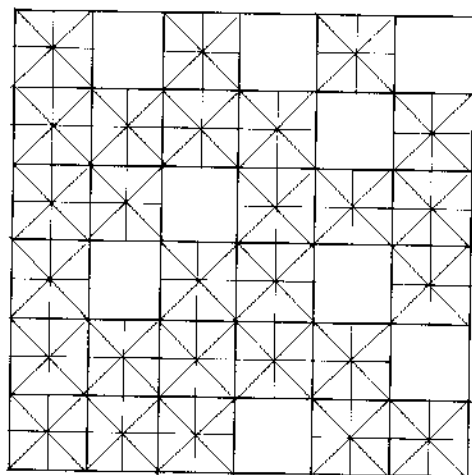
La biblioteca está vacía pero hay luz. Es curioso, nunca había entrado. Es más, no sabía que la casa tenía biblioteca. Libreros de madera rojiza, altos y ordenados. A alguien se le ocurrió, cuestión de modas, ponerle cerraduras a las vitrinas que protegen los libros. Aun así, huele a piel, a tinta, a esa combinación aromática tan peculiar de los libros. Demasiado orden; mala señal. Las vitrinas están cerradas. Intento varias, todas con llave. Las puertas y los cajones que cada librero tiene en la parte inferior también están con llave. Qué hacer, de Sándorf nada. Camino hacia un sillón de dos piezas de piel color vino, hay una mesa rectangular, una sola silla en una de las cabeceras. Sobre la mesa inmaculada, ni una pizca de polvo, hay un globo terráqueo, un pisapapeles y un pequeño botecillo en el que se asoman lápices y plumas. El bote está forrado con timbres postales y también luce inmaculado, como si estuviera intacto. De repente, aparece en mí la biblioteca de papá. Ese recinto cerrado a los niños es ya una emoción sin dolor. Sólo algunas imágenes. Estás tú y yo voy caminando detrás, camuflada en tu falda enorme, me dejas entrar.

Los mismos objetos, creo, quiero, imagino reconocer; la misma tremenda sensación de que si estornudo todos los libros se vendrán abajo, y el polvo, el ruido, el desorden, como ratones escondidos, saldrán de sus guaridas a comérselo todo. Ahí estaba yo, en la imaginada biblioteca de papá. Fal-

taba, eso sí, el mapa en el que, según me decías tú, papá iba dibujando líneas de colores entre una costa y otra, sin que nadie supiera bien a bien por qué o para qué. En la biblioteca de Francisca, en cambio, en lugar del mapa, justo en medio de la mesa, anclado al fondo de vidrio, un libro rojo, enorme y abierto, aguardaba, como todo lo que en Trieste ha venido a mí, a que entrara en él y lo atravesara.

Lo abrí. Alguien había dejado entre las páginas, ya verás por qué, un pequeño cartoncillo en el que estaba dibujada una cuadrícula. Entre los 36 cuadros marcados, se habían dejado algunos huecos. En seguida te lo dibujaré para que estés más clara de lo que te hablo. En la primera hilera, tres huecos alternándose con tres cuadros rellenos; en la segunda hilera, estaba recortado el cuadro que debía ocupar el lugar 5; una hilera abajo, la tercera, mostraba un hueco a la altura del tercer sitio; en la cuarta, los huecos correspondían a los lugares 2 y 5; en la quinta, un lugar vacío en el número 6; y, finalmente, en la sexta, otro hueco en el sitio 4.

No molestes a Emiliano, Nona, aquí está el dibujo:



Pero lo más sorprendente no fue el cartoncillo que he intentado reproducir para ti, sino lo que vino después. A partir de donde el libro se abrió, estaba marcado con lápiz rojo lo que era evidente que o a alguien le había parecido muy importante, o bien, como lo supe después, alguien quería que leyera yo esa parte y no otra.

Tomé el libro y me senté a leer siguiendo la pulcra y delgada línea roja que hacía de base a las letras impresas. Decía, palabras más, palabras menos: "Recuerda el lector que en la escuela (¡la escuela, Nona! ¿Recuerdas? Así le llaman, me adelanto para que no abandones el juego, a la lista de palabras del juego de los falsos gemelos) figuraban dieciocho palabras con seis letras cada una. Era evidente (quien escribe este tipo de cosas cree en las 'evidencias ante todo'), ante todo, que cada letra de aquellas voces correspondía a los seis cuadros llenos o vacíos, que integraban cada hilera de la clave.

(Seguí leyendo, pero me es imposible reproducir exactamente, además de lo fastidioso que sería tal ejercicio, así que me voy a saltar información que no me parece relevante, espero que no te pierdas, Nona.)

"En efecto, fácil era comprobar (por qué tienen que estar diciendo este tipo frases: claro que es fácil para quien de antemano sabe el resultado, mas no para quien está leyendo y va despejando hacia delante y detrás la bruma) que la disposición de los cuadros vacíos había sido combinada con tanto ingenio (no hay más que atribuir el aplauso como un reconocimiento del autor a sí mismo y su "ingenio") en la fabricación del enrejado, que, haciéndolo girar cuatro cuadros de vuelta, los cuadros perforados ocupaban sucesivamente el lugar de los tapados sin repetirse jamás ninguno de ellos.

(En seguida venía un ejemplo explicado con números para probar que, marcando una crucesita en uno de los lados para indicar el sentido en el que iría girando el cartoncillo, la teoría ya explicada sobre lo irrepetible era cierta.)

(Fui leyendo acerca de cómo un personaje comenzaba a aplicar las letras de las palabras de su clave, que eran las mis-

mas que me habían dejado los falsos gemelos. Decidí, entonces, actuar como el personaje y hacer yo las operaciones que ahí se iban describiendo.)

"Ante todo tratábase de descifrar las seis primeras palabras. Para conseguirlo (las escribí sobre una hoja) teniendo la precaución de aislar las letras y las líneas de modo que cada letra correspondiera a uno de los cuadros del enrejado. (Obtuve) la siguiente disposición":

i	h	n	a	l	z
a	r	n	u	r	o
o	d	x	h	n	p
a	e	e	e	i	l
s	p	e	s	d	r
e	e	d	g	n	c

Para abreviar y no agobiarte, te diré que puse estas palabras en los huecos y giré sucesivamente cuatro veces el cartoncillo, como quien va dando un cuarto de vuelta a una tuerca. Sólo que tal operación no iba dejando nada en claro. "La cuarta aplicación de la clave dio... el mismo resultado nulo, la misma oscuridad".

"En efecto, las cuatro palabras obtenidas por las cuatro aplicaciones eran éstas:

hazrxeirg
nohaledec
nadnepedn
ilruopess

Carentes en absoluto de significado" (hacer una afirmación así, comprueba, Nona, lo que ya te decía, el escritor sólo simula que la línea, que ya está pintada, aunque sea en su cabeza, se va pintando a los ojos del lector, ¡todo es una trampa!).

Este primer intento que hizo el personaje, que hice yo, que fuimos haciendo ambos bajo la batuta del autor, abarcó sólo la primera columna de las seis que los falsos gemelos me dejaron y que, ya con la lectura, salía a relucir de dónde la habían sacado. ¿O sería al revés, que el libro que leía hubiese tomado del supuesto juego tradicional croata la mecánica y palabras para construir el acertijo? Vuelvo a leer para corroborar si mi intuición coincide con la del personaje y la del autor. Los tres concordamos: hay que continuar, intentarlo con la segunda columna de palabras.

"Después de dominar el temblor nervioso que (me) le agitaba, (empecé) otra vez el experimento con las seis palabras que formaban la segunda columna de la esquila." (Apliqué) "cuatro veces el enrejado sobre las mismas, efectuando cada vez un cuarto de vuelta. Sólo (obtuve) este conjunto de letras desprovisto de todo sentido":

amnetnore
velessuot
etseirted
zerrevnes

¿Debía arrojar la tablilla sobre la mesa lanzando un juramento (que entre nosotras diríamos: maldición) como acababa de leer que fue la reacción del personaje? Opté por asimilarle al personaje que lo acompañaba, el secundario, y que hasta entonces había tenido un papel poco relevante. Como si pudiera desdoblarle, le dije: "—¡Si usted pudiera volver a sentarse...! —¿Volver a sentarme?... —¡Y prosiguiera!

"... volviendo de nuevo a (mi) asiento (tomé) la clave y la (apliqué) maquinalmente sobre las últimas seis palabras, como inconsciente de que lo hacía.

"He aquí las palabras que revelaron las cuatro últimas aplicaciones del enrejado (yo insistía en seguirlo llamando cartoncillo, a pesar de lo que leía):

uonsuoveu
qlangisre
imerpuate
rptsetuot

"El significado de estos últimos términos no era más claro que los otros" (¿y si me adelanto y leo la conclusión y pongo punto final a este juego?, pensaba sin decidirme a hacerlo de verdad).

(Tomé) "la hoja de papel en la que aparecían las confusas palabras que sucesivamente habían ido apareciendo, y" (me dispuse) "a romperla" (volví a encarnar la voz del otro personaje). —"Calma... —¿Qué piensa sacar en limpio de todo este indescifrable logogrifo" (primera vez en mi vida que oía (es un decir) semejante palabra, y era yo quien la pronunciaba, cosas de la vida, Nona) "—¡Escriba esas palabras una a continuación de otra!... —¿Con qué fin? — ¡Para ver!"

(Obedecí), "obteniendo la siguiente sucesión de letras":
hazrxeirgnohaledecnadnepednilruopessamnetnovelessuotet
seirtedzerrevnesuonsuoveuqlangisreimerpuaterptsetuot.

"Apnas" (terminé) "de escribir" (ahora estaba en un predicamento: o era el personaje principal o volvía a ser su acompañante de "sangre fría". Me gustó que ese temperamento de hielo se rompiera ante la sorpresa de leer) (le arranqué) "el papel de las manos, y" (lancé) "un grito al leer su contenido". (Vuelvo a ser el primer personaje) "Era" (yo quien) "esta vez se asombraba, hasta el punto de preguntarse si" (el otro personaje que también era yo) "no había enloquecido de repente".

"—Lea..."

"—¿Leer?"

"—¿No ve que antes de manipular estas palabras mediante la clave los correspondientes del conde Sandorf (¿el conde Sandorf,

Nona? ¿El mismo que no aparecía para la supuesta cita en la biblioteca? ¿El del cementerio de la catedral?) han escrito al revés la frase que forman?" (Estuve a punto de interrumpir, justo en ese momento en que el misterio de la clave estaba por descubrirse, sobre Sandorf y su aparición en la historia, mas me contuve. Tal vez, Nona, porque sigue habiendo algo en mí que cree que en la lectura vamos imaginando, pegando trozos de un mapa para descubrir algo. Ya no dije nada de Sandorf)

(Yo-él-ella) "tomó el papel, y he aquí lo que leyó, comenzando por la última letra hacia la primera: *tout est prêt. Au premier signal que vous nous enverrez de Trieste, tous se leveront en masse pour l'indépendance de la Hongrie.* Xrzah.

"—¿Y estas últimas cinco letras?" (pregunté con el personaje)

"—¡Una firma convenida!" (respondí y el personaje conmigo)"

Hasta ahí llegaba la inmutable línea roja del subrayado.

En ese momento, cuando apenas si atinaba a reconstruir la frase, entró de carrera Emilia. Todo se desvaneció, pero a la vez, ya verás, Nona, se afianzó a mi realidad en Trieste, si es que ésta, mi realidad, estaba en algún lado. Se acercó agitadamente hasta donde yo estaba y cerró con determinación el libro. Me lo quitó de las manos, lo colocó sobre la mesa, poniendo sus manos a manera de escudo sobre la portada del ejemplar. Sentí en el peso de su mirada un reproche, como si yo hubiera tenido que saber que el libro no estaba ahí para nadie. Es más, ni siquiera en ese momento lo supe a ciencia cierta. Lo suponía, por la forma en que estaba comportándose, pero nada más porque de ella, por un rato, no salió palabra.

Emilia se limitó a mirarme y quedarse quieta, con las manos bien firmes sobre la portada. Como una mamá (la mía, Nona, siempre la mía) que sólo con la mirada puede indicarle a sus hijos lo que se debe hacer en la mesa y lo que no. Emilia, como una mamá (la mía) y yo como yo (siempre como

yo) bajé la vista y dejé que el reproche silencioso se diluyera entre mi exploración a los motivos de la portada. No alcanzaba a ver todo con claridad, pero te cuento lo que logré distinguir:

Color: rojo.

Tamaño: 11 x 7.5 pulgadas (¿por qué te lo doy en pulgadas?).

Motivos: Exóticos.

Elementos:

—Dos cabezas de viejos elefantes con largas trompas y colmillos cada uno en un círculo, colocados, cada cual, en uno de los extremos superiores.

—Dibujos de palmas, muchas palmas, vegetación exuberante.

—Dos rectángulos, uno de cada lado, en los extremos, debajo de las grandes letras que anuncian el nombre del libro y del autor. Un globo se eleva entre lo que parecen ser astros, estrellas y un sol. Del otro lado: una enorme montaña cubierta de nieve aguarda, imagino, a sus escaladores intrépidos. Con letras doradas puedo leer, como si mis ojos pudieran tocar, el título: Matias Sandorf, dice. Mis oídos retumban bajo ese nombre. Antes de recuperarme, otro nombre se asoma, el autor: Julio Verne.

Hay más cosas pero, desde donde he quedado, mi vista no alcanza a burlar las manos de Emilia. Al fin las retira, respira hondo y me dice así, en francés:

—*Tout est prêt* —luego cambia y por primera vez la oigo en su español impecable—: Verás a tu tía esta noche, todo está listo.

—Mi tía está muerta —dije para ver qué pasaba.

—Puede ser —contestó Emilia sin inmutarse—, pero de cualquier forma ella te espera, a las ocho, en su cuarto.

El cuerpo de Emilia, oloroso a miel, salió de la biblioteca como si lo ocurrido antes en mi recámara hubiese sido sólo producto de mi imaginación, un destello de confusión. ¿Te das

cuenta, Nona? Las mismas cosas que en la infancia lejana te contaba sin saber si eran un mal sueño o un recuerdo apenas perceptible. Así mismo fue lo de la cachetada de mi mamá. Sí, cuando al regresar de unas vacaciones, no me acuerdo si en la hacienda del tío Fulgencio o en dónde, íbamos en el coche por aquellos caminos de tierra tan suelta que la polvareda que los caballos levantaban hacía que llegáramos en calidad de pasteles de tierra. Los viajes eran así, en silencio para que el polvo no te invadiera los pulmones como un mal bicho. Mi mamá y sus sombreros, dormitando, tú y un bordado, mis hermanos y... (¿qué hacían mis hermanos?), mis hermanas y... (¿por qué se me escapan de la memoria?), mi papá, que unas veces iba y otras no, mirando por la ventana como si en algún punto del horizonte hubiese dejado abandonado algo. Mas en aquella ocasión sólo íbamos tú, mi mamá y yo. De pronto, sin mediar palabra, mi mamá, que estaba sentada en el asiento frente a mí, clavó su mirada muda, su ira ciega sobre mis ojos. Así se quedó y así me dejó segundos que para mí fueron horas. Al fin, sin que en ningún momento nadie dijera nada, ni tú levantaras la vista del bordado, entre la cadencia de tus hilos de colores que entraban y salían, algo seco y ardiente quemó mi mejilla derecha.

Mi mamá es zurda, ¿no lo habrás podido olvidar, verdad? Un salto providencial del coche, una piedra salvadora, digo yo, me salvó de que el golpe fuera mayor. Un segundo más tarde, la misma mano que me había abofeteado colocó mi cara sobre su regazo y comenzó a acariciarme el pelo con una ternura que pocas veces volví a ver. Meses, quizás años más tarde, cuando una noche, en los tiempos en que las cosas ya estaban muy mal en México y todo mundo hablaba de que el general Díaz dejaría la presidencia, tuve los arrestos de preguntarle sobre el incidente aquel, ella se limitó a decirme: por favor, ¿quién se acuerda? En ese momento entró mi papá hecho una fiera. Nos vamos de México, dijo sin dar oportunidad a contestar nada. Mi mamá me ordenó que empacara y que les dijera a mis hermanos y hermanas que lo hicieran.

Cada quien guardó cosas como para ir a Jalapa o a Tacubaya, a ver a la tía Herlinda a Guanajuato cuando más lejos. Cuando pasamos Perote y las calles empinadas de Jalapa quedaron a lo lejos, supimos que iríamos a Veracruz, y luego, cuando se nos presentó un barco y con él su escalerilla, supimos que nos esperaba París y algo que nadie quiere nombrar en mi familia pero que se llama exilio.

¿Qué pasó? ¿Qué es lo que nos ha pasado en la vida?, ésa es la pregunta de todos los días, ésa es la maldita duda que nos azota diariamente. Distinguir entre la nube de polvo que el viaje levanta a su paso; poder mirar, como tú, entre los hilos sueltos la figura que vendrá luego a enhebrarlos. Esperamos y esperamos por alguien que nos diga, que nos dibuje; un pintor capaz de hacer de su carbón la piedra quemada mágica de la que vaya aflorando el rostro que no ha sido visto aún.

Eso somos, Nona, eso hemos sido siempre. Esta honorable familia y sus secretos, sus mentiras. Una historia no contada aún. Pero eso es la zozobra permanente. No saber si en la esquina siguiente aflorará un recuerdo que estaba arrumbado en el cuarto de triques de una hacienda de café que hoy debe estar en ruinas, como el país, como mi familia, como este día que es el último mío en Trieste. Se dirige una memoria a ese cuarto de triques donde todo está encima de todo, debajo de todo, revuelto con todo. Ahí va la memoria y saca, ¿qué te gusta?, ¿un mapa?, ¿un catalejo?, ¿un fute con el que una mamá amenaza y revisa que el cuerpo recién bañado no huele a nada más que a agua de azahar?, ¿un camión que tiene una enigmática abertura un poco más abajo del vientre?, ¿un árbol?, ¿una caballeriza?, ¿una franela que muerdes, que se aprieta a tus dedos cuando ya no puedes más?

De ahí, de ese cuarto de triques que es todo lo contrario de la inmaculada biblioteca de Francisca, la memoria toma algo, lo saca y lo muestra como una santa reliquia rescatada de una cueva. Pero apenas estás por reconocer esa cosa que has tomado y en seguida te percatas de que ha bastado mover ese mínimo objeto de su lugar para que todos los demás, como en

una insubordinación completa, se vengan abajo. Entonces, nada vuelve a ser lo que era. Aquello se convierte en una zona de desastre; ya nada se reconoce como antes. Todo se ha movido, una avalancha catastrófica es la memoria, Nona. Mas al venirse unas cosas sobre otras, se ha revelado, al fin, que nada era si no existía al lado de la otra que estaba a su lado. La legión del presente irrecuperable, enfermo de agonía, como yo.

¿Te das cuenta?, te pregunto otra vez, amada Nona. Cada cosa es lo que es sólo si está con la otra que la hace ser. Ninguna es en la soledad. Pero la memoria es eso, es nada más eso: soledad, profetizada vuelta a la soledad.

Desde esa solitaria devastación te escribo. Perdón, Nona, por ser tan poco señorita y tan complicada. Te busco para que seas tú la que me digas, la que al leerme, me rehagas. Ya eres ahora tú la que me lee por ti misma, porque Emiliano hace tiempo que te dejó sus dedos, y tú los pasas sobre esta tinta a la que he tenido que poner agua del mar que tengo enfrente para hacerla rendir más. Por eso te sabe a sal el papel que hueles, por eso las líneas se irán desvaneciendo conforme tú, mi lectora única, pases tus ojos sobre ellas.

He querido escribirte palabras para hacerte venir, y ya ves, al final tendré que ser yo quien vaya. Qué más da, quiero pensar ahora que el sol ha comenzado a declinar y los pescadores, ya borrachos, recogen las redes; por qué sucedieron las cosas, qué más da, Nona, si al final somos todos historias no contadas aún. Ésa, contar nuestra historia, ser historia al ser contados y contadas, ¿sabes, Nona?, es nuestra venganza, nuestra enorme venganza contra tanto honorable sufrimiento.

Papá prometió llevarme al baile del Centenario y lo cumplió. Mamá se quedó en casa, llorando, pero se quedó. Está enferma, argumentaba el honorable don Javier Arenal Frontera, a quien le habían prometido que luego de la reelección del presidente sería ministro de Fomento, o algo así. Sus dolores de jaqueca, ya sabe, doña Carmelita. ¿Y esta odalisca oriental?

Cuento historias, se me ocurrió decir. Qué ocurrente, fue la respuesta de la primera dama de la nación. ¿Qué hubieras hecho si se lo toma en serio y te pide que le cuentes algo?, me preguntó papá regañando. Nada, le dije, habría contando una historia de fantasmas que se reúnen a aclarar cuentas del pasado. A don Javier no le gustó la broma, le pareció maderista: Sólo falta que digas que a ti, en lugar de Juárez, te dicta tus locuras doña Margarita, soltó y me dejó con los Carrasco mientras él buscaba a Limantour. Salimos casi los últimos. Yo bastante aburrida, pero papá cierto de que sería ministro. Pero aquello era un carnaval y todo era de mentira; o mejor aún, Nona, era un mundo todo al revés, donde yo debí quedarme contando historias a la triste y digna doña Carmelita.

Desde aquel desordenado mundo de disfraces con que el presidente de México quiso celebrar el Centenario y su cumpleaños, cruzo el mar y ahora son las historias las que parecen buscarme a mí. Los libros están uno junto a otro, apretadamente guarecidos de tanta disquisición inútil, Nona. Una biblioteca, se respira la seguridad de que nada se dispersará. En ninguna casa que se respete debe faltar una biblioteca, Nona. Heredarás los libros, Nona. Ordenaditos, piel con piel pero sin penetrarse, sin confundirse. Cada uno es cada cual. Sus historias son sólo de cada uno. ¿Te imaginas, si no? ¿Te imaginas si, de pronto, por decir algo, un día, de tanto estar juntos, a *María*, la novela de Isaacs que tú me dijiste leían Francisca y su hermana Clarisa, le aparecieran párrafos de otra, por ejemplo, de una que se llama *Cándido o el optimismo*, que escribió un francés llamado Voltaire? Pero esas cosas no suceden, no te preocupes. Sólo son buenos entretenimientos mentales, mientras se espera una cita y los libros permanecen bajo llave, detrás de un vidrio transparente que los protege, no de nosotros, sino de ellos mismos, curioso eso de andarse prestando párrafos, curioso lo que se nos puede ocurrir sólo porque no tenemos nada mejor que hacer y ya no queremos seguir pensando.

Matias nunca llegó. Lo esperé en vano toda la tarde. Como a las siete, siete y media, Emilia me avisó que debía alistarme, a las ocho, volvió a decirme, me esperaba la tía Francisca. ¿Qué es lo mejor que traes?, preguntó. ¿Mejor de qué? Mejor de ropa. ¿Ropa? Sí, lo mejor que te puedas poner, a ver, saca del baúl. Y sin darme tiempo ni siquiera de yo abrirlo, la propia Emilia se puso a sacar todo lo que fue encontrando. Se puso a hacer combinaciones y fue acomodándolas sobre la cama. Al cabo de un rato, pareció convencida. Me miró de arriba abajo y vino la orden: ésta, pónstela.

En un primer momento no entendí que se trataba de probarme lo que ella había escogido allí mismo, en ese mismo instante, en su presencia. Vamos, anda, quítate eso que traes y ponte esto. Quedé en ropa interior, ¿te imaginarás, no?, y vino entonces, otra vez, el olor a miel, ¿era yo?, quizá, pero a mí me pareció que era Emilia. La misma que conforme flotaba hacia mí iba desprendiendo ese olor dulzón ante el que no queda nada más que vencerse. Su brazo sereno, mi corazón que saltaba, su mano tenue, mi piel erizada.

Emilia fue quitándome lo que quedaba de ropa, con toda calma, sin inmutarse, sin que su respiración acompañara el arrítmico tropel de la mía. Batallón de soldados que se desploman, prenda por prenda, acabó fuera de mí. Esto también debe estar limpio, me dijo sin que supiera si ella hablaba de la ropa interior, ya desfallecida sobre la duela, o si se refería a la piel que en ese momento su mano exploraba apenas rozándola. Cerré los ojos, y las venas se me hincharon. Separé las piernas, lo suficiente apenas para que el cuerpo quedara bien parado, y los huesos se endurecieron. Solté las manos, los brazos, y los músculos saltaron de su sitio.

La mano de Emilia se detuvo sobre la mejilla, me va a pegar, pensé. Entreabrí la boca, me mojé los labios con una lengua ávida, disparada, Nona, disparatada. Las anguilas de Salomón, me vino a la cabeza sin razón aparente. Pasó. Emilia pegó su cuerpo al mío, su mejilla a la mía, y susurró: ahora no. La puerta se abrió como empujada por el aire. Era Gün-

ter. Entró sin pedir permiso, tampoco me saludó. Se acercó a Emilia, la tomó de la cintura y ambos se entendieron en un largo beso. En el momento en que él la separó, la lengua de ella pareció quedarse colgada del beso interrumpido. Günter salió como entró. Emilia abrió los ojos y me sonrió. Ahora no, más tarde, me repitió. No dije nada, Nona, tomé la ropa que ella me pasó y me vestí. Emilia salió del cuarto y yo me quedé con unas ganas inmensas de vomitar.

Esa noche esperé a que Emilia viniera por mí para llevarme con la tía; no lo hizo. Así que cuando pasaron de las ocho, yo salí de mi cuarto y me encaminé al tercer piso. No había forma de perderse, sólo había una puerta. No había forma de perderse, Nona, y, sin embargo, me perdí del todo. Ahora te explico. Toqué y no contestaron. Insistí y lo único que obtuve por respuesta fue el maullido de un gato. Giré la perilla y la puerta se abrió. Allí estaba el gato. En el umbral, como si él me estuviera esperando y fuera el responsable de llevarme hasta la tía. Al menos así se comportó el animal. Me saludó a su manera, restregándose contra mis piernas. No me gustan los gatos, lo sabes, Nona. Eres la única que sabes hasta qué punto no me gustan los gatos. Como eres la única que sabe que no fue Tadeo, el pobre jardinero de Guerrero, al que corrieron por brujo, por negro, y por haber colgado, dijeron, al gato que amaneció bamboleándose del árbol al que daba la ventana del cuarto de mis papás en la casa de Mixcoac. Tadeo, ay, Nona, Tadeo, al que mi papá corrió, y de eso no eres la única que lo sabe, por el sabido gusto que tenía mi mamá de que fuera él, y sólo él, quien la llevara a ella, y sólo a ella, a la parte más lejana de los manzanares que había al fondo de la gran casa de Mixcoac. Todos, sin embargo, se comportaron razonablemente, como si nada ocurriera. Tan honorables como el gato, que no sacó la lengua al morir, Nona. Sin inmutarse. El otro, el de esta casa que llevo dentro, me condujo a través de ese cuarto enorme y oscuro, sacado de una postal que no recuerdo dónde vi antes. Un cuarto sin memoria, sólo ahí, con todo esparcido, flotando entre una bruma que no he podido

quitarme de los ojos. Esperaba ver a la tía en la cama, pero no encontré a nadie. Estaba deshecha, eso sí. Con grandes almohadones, sobre cuya funda resaltaban, bordadas en dorado, unas iniciales, un camisón blanquísimo colgado sobre un perchero, fotos por todos lados, y sobre el muro, detrás de la cama, los trazos casi diluidos de una caligrafía grande y generosa, pero apenas legible.

De la tía Francisca ni una pista. El gato maulló pidiendo que no me detuviera, que siguiera caminando detrás de él. Apareció una puerta, el animal la empujó y el cuarto quedó invadido por una luz intensa, Nona. Una luz que no era luz y que parecía venir de ninguna parte. Mas, si no era luz, ¿qué era aquello?, ¿cómo te lo explico si no encuentro las palabras para describir eso, cómo lo hago existir para ti sin palabras, si el puerto va quedándose mudo y a oscuras?; el tiempo apremia y yo no acabo de contarte. Por primera vez, sentada al lado de una tina gigante coronada de vapor, encontré a la tía Francisca. Flotando, claro, de qué otra manera si no, entre aquel cielo espeso y caliente.

Con un movimiento de cabeza, a un tiempo, me hizo pasar y despidió al gato. Por un rato, me quedé ahí, sin saber qué hacer. Bajo ese manto celeste, como debió haber estado la esposa del cordero. ¿Te acuerdas de que te sabías de memoria la séptima parte del Apocalipsis, Nona? ¿Te acuerdas de que me hablabas de la ciudad asentada sobre los cimientos de las mejores piedras preciosas, la de las puertas labradas, una ciudad sin santuario, porque Dios es su santuario, iluminada por la luz que emana del Espíritu Santo? Dime que sí lo recuerdas, Nona, aunque todo sea una invención. Dime que no te has ido sin mí. Que no es cierto que eres tú la que se ha ido y yo la que se ha quedado. Vuélveme a enseñar la diferencia entre el topacio y la amatista para que yo pueda saber qué es lo que del cuello de la tía Francisca cuelga, qué lo que adorna sus muñecas, cómo se llama la piedra azul del anillo, uno más, que parece parte de la piel.

Ella ordenó, sin decir palabra, con una mirada poderosa.

Debe ser un mal de familia, Nona. Igual que mi papá, la tía cargaba un mutismo sepulcral. No había forma de no obedecer las órdenes que daban sin hablar. Me desnudé y entré al agua. Entendí, no sé cómo, que el baño era para mí. Cabía bien en la tina, sentía que era mi lugar, algo por lo que hubiera estado esperando. Mi cuerpo se acomodaba con facilidad y por un momento pensé que ella, la tía Francisca, entraría para acomodarse a mi lado. No fue así. En cambio, tomó un jabón que olía a avena, una esponja y comenzó a bañarme con amoroso empeño. La esponja se deslizó por todo mi cuerpo y a mí me fue invadiendo una sensación que mezclaba excitación y placidez. Como si fueran oleajes, Nona, ora me excitaba, ora deseaba sólo dormir.

La tía Francisca lavó cada parte de mi cuerpo. En algunas, te imaginarás, se detuvo e insistió e insistió hasta que en apariencia quedó convencida de que alguna mancha, que sólo ella veía, de que un olor, que sólo ella detectaba, se había esfumado. Restregó cada axila como quien busca entre las piedras que no quede una pizca de tierra, me talló la nuca, escarbó cada oído, acarició los brazos, escudriñó por entre los dedos de los pies, abrigó los talones y lijó las rodillas, alisó el abdomen y encontró en los muslos las huellas de las manos que por ahí han pasado en los veintidós años que tengo.

La tía Francisca lavó mi cuerpo todo, lo preparó. Y con ello, no lo sabía yo en ese momento, preparaba el suyo. Un ritual doble de purificación. Sin maldad aparente, ni siquiera cuando la esponja llegó al sexo y todo lo que he sido pareció brotar como las letras en los libros, y se construyeron las oraciones y las cosas renacieron de sus ruinas, y se levantaron los párrafos y todo estuvo por descubrirse nuevamente. Lavó mi sexo con cuidado de no hacerme ir, evitando que cayera yo en el instante del asombro ancho y fulminante de la vida, de la muerte. No todavía, creí que me decía pulcramente en su renacido español mexicano.

Salí de la tina como si fuera la repetición de un movimiento llevado a cabo mil veces antes en el mismo lugar, Nona.

Como cuando se sale del baño que está en la casa en la que se vive, así dejé la tina y me puse la bata que sabía era para mí, aún más: que era mía, que, como la tía Francisca, allí había estado todos los días esperando para lavarme y luego cubrirme. Me llevó a la cama.

Era una anciana, lo sabes, pero algo había en su caminar, en cada uno de sus movimientos, que daba la impresión de una edad mucho menor, de una fuerza incalculable. Me senté en una orilla y ella me entregó una pequeña caja forrada de tela. Una caja como aquellas en las que se quedan cartas y postales. Oí su voz hasta entonces, y nunca más: Esto es para ti, lee lo que contiene cuando salgas de aquí para siempre. ¿Qué no había otra forma de relacionarse en esa casa que no fuera dando órdenes, Nona? No, no la había. Me paré, caminé de regreso al baño y sobre las ropas dejé la caja.

Cuando volví a la cama, la tía Francisca ya no estaba; ni el gato, ni ella, ni nada que me indicara que seguía yo en el mundo. Quise que hubiera un ruido, una cosa que a lo lejos se cae, una puerta que se abre o que se cierra, el aire que mueve un árbol, alguien que habla en la calle, una risa infantil que no mide las consecuencias de su acto, nada. No encontré nada, ni un mínimo ruido como para saber que yo seguía ahí. Decidí entonces meterme a la cama, no tenía frío, tampoco calor, era un extraño estado que sólo podría describir con la frase: "todo está listo", Nona.

Dejé caer el cuerpo sin correr el edredón de plumas doblado a mis pies. Ya no sé, Nona, si me ganó el sueño, pero por la intensidad de lo que vino después yo diría que no, te podría asegurar, casi, que no. Mi piel, mi cuerpo, mis sentidos en marabunta, podrían asegurarte, casi, que todo fue real. Que al quedar yo boca abajo, un cuerpo, que reconocí por la rugosa piel que lo envolvía, por la flacidez de sus pechos sobre mi espalda, por la dura presencia de sus dedos y sus anillos con piedras sobre mis costillas, se fundió con el mío. Era la tía Francisca y sus manos hábiles, Nona, la que recorrió otra vez, ya sin esponja, ya sin jabón, ya sin más agua que los torrentes

de mi imaginación y la suya, mi cuerpo dispuesto, vencido y vencedor, mi cuerpo que era el suyo.

De espaldas, casi desválida, fui adivinando la siguiente estación de tren de su lengua: ahora parará entre los hombros, ahora se detendrá en el costado, ahora parará su marcha en la planta del pie, ahora, ahora, sólo hay ahora, Nona, se acabó todo, sólo hay ahora, ahora las nalgas, sí, las nalgas que no sólo sirven para que papá ponga su mano ardiente, para que mamá las inspeccione, las nalgas.

La tía Francisca dio vuelta a mi cuerpo amortajado, quitó las vendas, levantó la piel, se bebió la espesa pus de las heridas. Vino luego mi tiempo. El tiempo de despertar con ella. Las corrientes marinas que se encuentran para hacerse un nudo, desatarse para volver a unirse, es una pelea, así debió haber sido, la primera guerra, la que engendró todas las demás, la primera muerte, la que a todas las demás parió.

No hay necesidad, Nona, no hay fecundidad posible en aquello, no hay un para qué que no sea, amada nodriza, amarse, como te amé a ti, que me pariste a la vida, a ti que eras ya Francisca y ella tú. La piel rugosa, un elefante, Nona; los bordes como abismos, todo cuelga pero todo se erige soberbio, es el paisaje del tiempo, Nona, la huella de que se ha vivido, y en el centro, en ese centro que no deja de moverse buscando a su par, luchando por aniquilarlo y morir con él, ahí, en el centro una callosidad en ofrenda, el trigo seco, la semilla, que vuelve a brotar. Fui tras la fuente del alcalino sabor de la piel de Francisca; la encontré, por supuesto, y me perdí, me perdí para siempre, Nona.

En aquel momento, uno de los almohadones terminó sobre mi cara, mordí la tela y no supe qué voz era la de quien. Cuando volví de esa muerte diminuta y me quité aquello de la cara, la tía Francisca, sentada sobre de mí, luchaba por alcanzar el cielo. Miré hacia arriba, sólo para comprobar que, en efecto, el techo del cuarto simulaba un cielo, hacia allá iban los brazos de la tía, hacia allá su cuerpo desesperado y su alma en pleno vuelo, Nona. Los dedos de las manos estirados

a todo lo que daban, el tórax del que parecía se iba a desprender cada costilla, el ombligo a punto de romperse, la tía Francisca, toda, desgarrándose en vida. Luego, la fuerza fue tanta que cedió. Su cuerpo se relajó y ella cerró los ojos. En seguida, muy suavemente, esta vez descendiendo, se acomodó a mi lado, tomó mi mano y se murió en paz.

El muelle huele a pescado, Nona. Habrá marea alta, la luna llena asoma ya a lo lejos. Estoy exhausta, creo que he comenzado a dejar de ser una historia no contada todavía.

Cómo me hubiera gustado haberte podido contar bien una aventura. Cómo me hubiera gustado que supieras leer, amadísima Nona.

San Carlo nos ampare.

Tu Felisia, siempre.